



Manuel Sinisterra, *Un viaje a Costa Rica de 1879 a 1881*¹

*Luis Armando Durán Segura**

Resumen: Se reproduce el relato de viaje de un joven caleño que, entre las décadas de los setenta y ochenta del siglo XIX, tuvo la necesidad de residir durante dos años en la capital costarricense. En su estancia, el autor cursa estudios en el Seminario y nos lega una sugestiva descripción del entorno inmediato de esta institución educativa.

Palabras claves: relatos de viaje, crónicas, Costa Rica, siglo XIX, Manuel Sinisterra, viajeros colombianos.

Abstract: It reproduces a travel writing of a Cali young man who, between on seventies and eighties of the nineteenth century, lived for two years in the Costa Rican capital. During his stay, he studies at the Seminario and gives a fascinating description of the immediate context this educational institution.

Keywords: travel writing, chronicles, Costa Rica, nineteenth century, Manuel Sinisterra, colombian travelers.

* Costarricense. Licenciado en Antropología por la Universidad de Costa Rica. Magister en Estudios Culturales y Magister en Antropología por la Universidad de los Andes en Colombia. Sus intereses se concentran en las transformaciones de los espacios públicos, las dinámicas urbanas y las escrituras de viaje en el siglo XIX y XX. Correo electrónico: luarduse@yahoo.es

1 Debo de agradecer la amable colaboración de las encargadas y de los encargados de la Biblioteca Nacional de Colombia, de la Biblioteca de la Universidad del Valle “Mario Carvajal”, de la Biblioteca “Luis Ángel Arango” y de la Biblioteca Nacional de Costa Rica “Miguel Obregón Lizano” quienes facilitaron el proceso de reproducción del texto.

Presentación

*“¿Qué es lo que no es viaje un viaje?
Por poco que demos una extensión figurada a
este término –y nunca hemos podido retener-
nos de hacerlo” el viaje coincide con la vida,
ni más ni menos: ¿qué es ésta sino un paso del
nacimiento a la muerte? El desplazamiento en
el espacio es la primera señal, la más fácil,
del cambio; y quien dice vida dice cambio”.*

Tzvetan Todorov

Pareciera que todo, al fin y al cabo, conforma un viaje. Por lo menos así nos los hace saber el teórico húngaro Tzvetan Todorov.² El viaje, sin duda alguna, es uno de los “motores” de la historia humana. Quizá sea porque, como ninguna otra actividad, expresa las aventuras más feroces por el conocimiento, la invención, la transformación y la experiencia. Desde los viajeros antiguos hasta los modernos, el traslado –ya sea físico o mental, metafórico, real o imaginario– ha permitido la construcción de una mirada sobre las diferentes culturas y sociedades.

Crónicas, biografías, diarios, mapas, notas, grabados y fotografías han expuesto y evidenciado aquellas geografías y tiempos del “contacto” que establecieron, como afirma Mary Louise Pratt,³ el encuentro con los “otros” y las “otras”. Sin embargo, esta mirada le ha permitido al viajero mismo establecer una relación con su mundo “interior”, y esa relación ha modificado su sensibilidad y reflexividad.⁴ Desplazarse, como actividad intersticial, siempre significa establecer una conexión entre el mundo “exterior” y la identidad de quien se traslada.⁵

Lo inaudito en la humanidad es, probablemente, la “estaticidad”, la “quietud” y el “reposo”. Según el antropólogo James Clifford,⁶ las personas demandan pulsiones de movimiento, un deseo incontrolable de traslación. Si bien el viaje no tiene una “esencia” natural ni una característica intrínseca, la economía del viaje supone el distanciamiento del *oikos*, un hogar o lugar de “comodidad”, con el cual el viaje puede ser entendido. Un tránsito espacio-temporal con un regreso a “casa” o, en su defecto, con un exilio definitivo. Son verdaderos “ritos

2 Tzvetan Todorov, *La conquista de América, la cuestión del otro* (México, D.F.: Siglo XXI, 1987). Tzvetan Todorov, *Los morales de la historia* (Barcelona, España: Editorial Paidós, 1993).

3 Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación* (Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes, 1997).

4 François Hartog, *El espejo de Heródoto: ensayo sobre la representación del otro* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2003).

5 Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México, D.F.: Universidad Iberoamericana, 1999).

6 James Clifford, *Itinerarios transculturales* (Barcelona, España: Gedisa, 1999).

de paso”, en la acepción propuesta por el folklorista franco-alemán Arnold van Gennep;⁷ transiciones constituyentes y esenciales de la vida social, que se celebran o sufren de forma ritual, individual y comunitaria.

Ahora bien, se podría afirmar que la especificidad de todo relato de viaje es el “viaje del cuerpo en el espacio”, es decir, la materialización de la distancia y del movimiento entre el sujeto que viaja y el objeto/región de su recorrido. Lo que permite la relación del viaje es justamente la condición de supresión o desviación del sujeto de su mundo conocido y la inserción en otro horizonte cultural, espacial y temporal, que lo afecta en su manera de pensar, apreciar y sentir.⁸ En este sentido, el sociólogo Renato Ortiz⁹ afirma que el viaje está próximo a un estado de “liminalidad”, lo que implica la separación del individuo de su medio familiar; una estadía prolongada de agitaciones; y por último, la reintegración a la propia casa, su tierra de origen. Así, la “separación” contiene la idea de que una persona sale de un universo anterior para penetrar en otro totalmente nuevo, lo que implica, en consecuencia, la intervención y la acción formativa, material, corporal y emotiva.

Ahora bien, los relatos son tan añejos como los viajes mismos. Estos combinan decenas de estilos: científicos, novelados, fabulados, historiados, teatralizados, mitologizados, entre muchos otros. En ocasiones aparecen bajo la lógica escritural, como la mayoría que se conservan actualmente; en otras, aparecen efímeros y verbales, brotando desde una oralidad transmitida o creados por “gente sin historia”.¹⁰ Los temas de los viajes son tan amplios como sus destinos. También lo son sus patrocinios, propulsores, intenciones y resultados. Ningún lugar de la tierra ha escapado a la pluma del viajero, un inventario del mundo. Montañas, playas, calles, selvas y desiertos, mares recorridos por infinitos medios de transporte: piernas y brazos; globos aerostáticos; embarcaciones de todo tamaño; camellos, mulas y caballos; veloces trenes, automóviles y aviones.

Por esto los viajes tienen algo, o mucho, de trascendencia. Importan tanto por lo que provocan como por lo que representan.¹¹ El relato de viaje, como condición de posibilidad de un período, tiene la cualidad de ser un “documento-monumento”, en palabras del medievalista francés Jacques Le Goff.¹² Por un

7 Arnold van Gennep, *Ritos de paso* (Madrid, España: Alianza Editorial, 2008).

8 Carolina Alzate y Carmen Acosta, *Relatos autobiográficos y otras formas del yo* (Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes, 2010).

9 Renato Ortiz, *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo* (Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello, 1999).

10 Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia* (Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2005).

11 Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Barcelona, España: Gedisa, 1996).

12 Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario* (Barcelona, España: Paidós, 1991).

lado, “documento”, revestido de una materialidad, que escoge el interesado o la interesada para su cavilación personal o académica y que será una de sus fuentes. Por el otro, “monumento”, porque en parte también es un testimonio escrito, heredero del pasado y de la memoria colectiva.

Sería imposible establecer una visión unitaria o total del viaje y de lo contado por el viajero. El relato de viaje aglutina un género coyuntural, móvil e híbrido, nunca permanece paralizado.¹³ Una forma escritural difícil de “capturar” *a priori*. No es gratuita la existencia de millares de composiciones –publicadas o no– sobre la experiencia del desplazamiento y la existencia de cientos de trabajos sobre la temática. Justamente, en las tres últimas décadas el tópico de los relatos de viaje se ha convertido en uno de los principales objetos de investigación de diversas disciplinas que han identificado este “hecho social (total)” –para usar la fórmula durkheimiana o maussiana– como un vasto campo de trabajo.

La ubicación estratégica de Costa Rica, en el cruce entre Norteamérica y Sudamérica, entre el mar Caribe y el Océano Pacífico, entre las que fueron las posibles rutas interoceánicas, suscitó el interés de las potencias, de gentes de ciencia y de un número importante de migrantes. La aparente estabilidad económica y política del país también atrajo a cientos de personas de diverso origen social, exploradores, comerciantes y empresarios, diplomáticos en misión, también artistas y trotamundos. Uno de esos “beneficiados” fue Manuel Sinisterra Patiño, quien, junto a su familia, escapó temporalmente de la violencia y las batallas civiles colombianas.

Manuel Sinisterra Patiño (1864–1956) fue un multifacético empresario, escritor y editor caleño, que visitó Costa Rica entre los años 1879 y 1881, período en el que cursó estudios en el Seminario. Dos de sus principales obras publicadas versaron sobre la guerra y el conflicto: *El 24 de Diciembre de 1876 en Cali. Narración de algunos de los principales acontecimientos ocurridos en esa fecha*¹⁴ y *Recuerdos de la guerra de 1895 en Tuluá*.¹⁵ Además, fue colaborador asiduo de muchas revistas y diarios regionales como el *Correo del Cauca* desde 1915. Fungió como político local, administrador público, diplomático, traductor y como profesor de francés.¹⁶

13 Ottmar Ette, *Literatura en movimiento: espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras entre Europa y América* (Madrid, España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008).

14 Manuel Sinisterra Patiño, *El 24 de diciembre de 1876 en Cali. Narración de algunos de los principales acontecimientos ocurridos en esa fecha memorable* (Cali, Colombia: Editorial Carvajal: 1937).

15 Manuel Sinisterra Patiño, *Recuerdos de la guerra de 1895 en Tuluá* (Cali, Colombia: s.n., 1951).

16 Ronald Hilton, *Who's Who in Latin America: Part III. Columbia, Ecuador and Venezuela* (Stanford, EEUU: Stanford University Press, 1951).

Se reproduce a continuación el texto de dicho autor –firmado bajo el seudónimo Domingo Ramos,¹⁷– *Un viaje a Costa Rica de 1879 a 1881*.¹⁸ A pesar de ser extraño en nuestro medio y, por tanto, poco consultado y referenciado, no deja de ser interesante y sumamente enriquecedor en múltiples perspectivas. Sus páginas brindan una invaluable descripción sobre la Costa Rica de las últimas décadas del siglo XIX, en general, y de la vida josefina alrededor del Seminario, en específico. No faltan en su prosa entretenidas, penetrantes y curiosas anécdotas, retratos detallados de los y las costarricenses y de sus costumbres. También, abundan reflexiones personales y espirituales del joven, que para entonces, tenía entre 15 y 17 años de edad.

Este viaje inicia el 6 de marzo de 1879 con la partida de la familia Sinisterra Patiño hacia el puerto de Buenaventura, ubicado en el litoral pacífico colombiano. Por motivos de seguridad y ante una agresiva persecución política, deciden dejar atrás el Valle del Cuaca y la ciudad de Cali. El propio autor narra algunos de los hechos ocurridos en el año 1876 –en la llamada “Toma de Cali”– que motivaron la “huida”:

“24 de diciembre de 1876... Serían las siete y media de la mañana; no había terminado aún el combate, cuando se presentó en nuestra casa una tuba de negros y negras, los primeros en su mayor parte a caballo, y las negras y mulatas que los acompañaban armadas de arcezas [sic] –bateas–. De un empujón volaron la aldaba de la puerta de la calle e hicieron irrupción por toda la casa, llevándose cuanto encontraban... Lo único que quedó fue un baúl que estaba cerrado, el cual rompieron con una enorme piedra, se llevaron el contenido y nos lo dejaron como recuerdo de la gran feria de Cali, como llamó alguien a ese día memorable”.¹⁹

“Cuando ya la casa estaba únicamente en poder de los negros, pues toda la familia y sirvientes habían huido y se habían asiado en alguna casa vecina, entró a Caballo don Roberto Zawadsky, y al pasar por el corredor miró hacia el cuarto en que estaban regadas las máscaras. Al verlas se figuró que lo que veía eran cabezas humanas, y que en nuestra casa la matanza había sido horrorosa”.²⁰

“Ya lo he dicho y lo repito: en nuestra casa no dejaron nada, absolutamente nada y aquello que no querían o no podía llevarse lo destruían a machetazos”.²¹

17 Gustavo Otero Muñoz, *Seudónimos colombianos* (Bogotá, Colombia: Instituto Caro Cuervo, 1958).

18 Manuel Sinisterra Patiño, *Un viaje a Costa Rica de 1879 a 1881* (Bogotá, Colombia: Editorial Carvajal, 1956).

19 Sinisterra Patiño, *El 24 de diciembre de 1876 en Cali...*, 25.

20 *Ibid.*, 26.

21 *Ibid.*, 27.

“Las familias y sirvientas de la casa quedaron dispersas, pues cada cual se salvó como pudo. Mi madre se quedó en casa del doctor Francisco Córdoba, quien no permitió que volviera a nuestra casa, como ella deseaba, por el peligro que corría. Mis tías se asilaron en la casa de las señoras García, con mi hermano menor y una de las sirvientas; mi hermana, en casa de la señora Arango, con otras de las sirvientas. En más de \$40.000 oro, estimaba mi padre la pérdida de ese día”.²²

Ante esta apremiante situación, mediada por el desastre y el luto, fue eminente el destierro transitorio. La primera estación del periplo fue la Ciudad de Panamá; allí se decide que el destino propicio para la familia era la capital costarricense. La segunda, el puerto de Puntarenas, desde donde se dirigen a Alajuela. La tercera y definitiva, por lo menos por un buen tiempo, fue la instalación provisional en San José. La mayoría de crónicas referidas se sitúan en este escenario urbano. En marzo de 1881 el autor emprende el retorno a su tierra, y el 27 de ese mes vuelve a Cali, dos años y veinte días después.

En sentido literario, el relato posee dos ejes básicos de desarrollo. El primero muestra la crónica como estructura lineal y cuenta, en primera persona, la exploración de personas y lugares “desconocidos” por el viajero. El autor construye un discurso a partir de la narración del desplazamiento respetando escrupulosamente los límites espacio-temporales de la travesía, por ejemplo, la “ida”, la “permanencia” y la “vuelta”. El segundo eje exhibe la yuxtaposición de secciones o escenas temáticas y selectivas. Las diferentes etapas del viaje permiten no sólo pasar de un contenido a otro, sino también alternar los episodios narrativos y los pasajes descriptivos; esto es, combinando diálogos, historias cortas, interrupciones, sucesos e inventarios.

El texto en cuestión fue publicado por primera vez, dividido en tres secciones, entre los meses de enero y marzo de 1931 por *Heraldo Industrial: por la agricultura, el comercio y las industrias nacionales* de la ciudad de Cali. Posteriormente, fue reimpresso, en tres cortes, durante los meses de mayo y julio de 1936, por la revista costarricense *Apunte*, editada por el intelectual Elías Jiménez Rojas. Por último, fue publicado y divulgado íntegramente en 1956 por la Editorial Carvajal en Bogotá.

La reproducción facsimilar del escrito concernirá al lector ávido y a la lectora ávida por conocer las finiseculares dinámicas literarias y escriturales, religiosas y sociales. La educación, el ocio, la vida y la sociabilización urbana y la política son esferas que el escrito abarca con frecuencia. El relato, igualmente, interesará por ser uno de los pocos registros conocidos de autores latinoamericanos durante el siglo XIX. Esto lo atestiguan los trabajos compilatorios de

²² *Ibid.*, 28.

Ricardo Fernández Guardia,²³ Carlos Meléndez Chaverri,²⁴ Elías Zeledón Cartín,²⁵ Miguel Ángel Quesada²⁶ y Juan Carlos Vargas,²⁷ donde son exiguas las crónicas intrarregionales. Esto, sin duda, suscitará una gran curiosidad en aquellos y aquellas que necesiten consultar referencias y apreciaciones sobre los destinos visitados. Para colaborar con la familiarización del lector y la lectora con el contexto histórico, se acompaña el texto con grabados y fotografías de la época.

Charla de Domingo Ramos²⁸

Viaje a Costa Rica de 1879 a 1881

Reinaba gran intranquilidad en toda la República y particularmente en el Estado Soberano de Cauca, pues se temía que de momento a otro estallara una revolución que ya se sentía.

Mi padre resolvió partir para el exterior con sus cuatro hijos mayores, temiendo que se repitieran en Cali los luctuosos acontecimientos que aquí tuvieron lugar en 1876.

En aquella época era un acontecimiento un viaje al exterior, y yo me puse feliz cuando supe que íbamos a emprender un viaje, sin saber dónde íbamos.

El 6 de marzo de 1879, emprendimos el viaje a Buenaventura, viaje que en aquella época se hacía en tres días a caballo hasta Córdoba y uno navegando en canoa de Córdoba a Buenaventura.

El viaje era divertidísimo, pues en todo el camino se encontraban recuas de mulas que traían carga del exterior y recuas con carga de exportación o que iban vacías hasta Córdoba a recibir carga.

En Córdoba tenía una casa de comisiones don José María Payán a quien mi padre había anunciado su viaje para que le contratara un buen boga que nos llevara en su canoa un Buenaventura.

23 Ricardo Fernández Guardia, *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros* (San José, Costa Rica: EUNED, 2002).

24 Carlos Meléndez Chaverri, *Viajeros por Guanacaste* (San José, Costa Rica: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974).

25 Elías Zeledón Cartín, *Viajes por la República de Costa Rica. Volumen I, II y III* (San José, Costa Rica: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1999).

26 Miguel Ángel Quesada, *Entre silladas y rejoyas* (Cartago, Costa Rica: Editorial del Tecnológico de Costa Rica, 2001).

27 Juan Carlos Vargas, *Tropical Travel. The Representation of Central America in the 19th Century* (San José, Costa Rica: EUCR, 2008).

28 Las llamadas a pie de página son nuestras.

Cuando llegamos, ya el amigo Payán nos tenía alojamiento y la comida estaba lista en un rancho vecino, el cual tenía el pomposo nombre de *restaurante*.

Al día siguiente muy temprano nos embarcamos en una canoa muy grande ranchada y manejada por un negro llamado *Cotico*.

Le tengo conseguido el mejor boga que hay en el puerto, le dijo el señor Payán a mi padre, y efectivamente así lo pudimos apreciar en la navegación del río Dagua, que duraba todo el día, y sobre todo a nuestra llegada a Buenaventura.

Para dar idea del tamaño de la canoa, basta saber que tenía dos ranchos; bajo uno de ellos se acomodó mi padre con uno de mis hermanos, en el otro se acomodaron mis otros dos hermanos, y yo preferí situarme en el centro, que quedaba a descubierto, para poder ver el paisaje de las dos riberas del río y la infinidad de canoas que subían y bajaban llevando carga y pasajeros.

Los baúles y maleas iban en los extremos de la canoa, los cuales ocupaban el negro Cotico y su ayudante, que era un negro joven de unos 20 años de edad. Los baúles iban forrados en encerados y así tenían que viajar todos los bultos desde Buenaventura a cualquier lugar del interior para guarecerse de las lluvias. Las personas que ocupaban los ranchos podían ir sentadas o acostados.

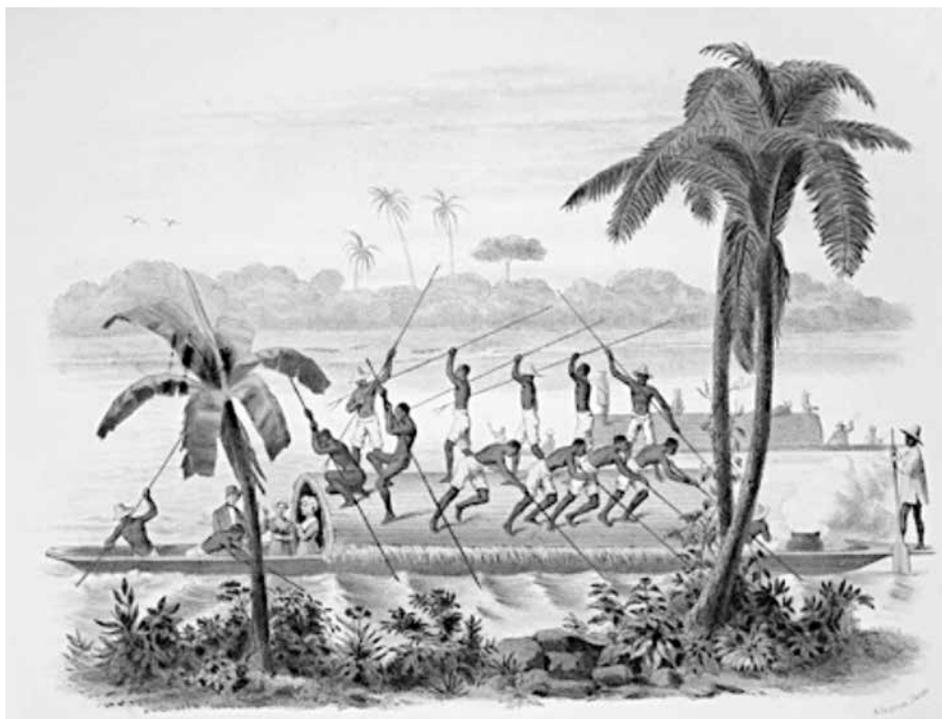
Como en esa región llueve constantemente, cuando llovía, yo me metía debajo de uno de los ranchos.

En las partes correntosas pasaba uno por en medio de enormes piedras. Allí era donde se veía la destreza de los bogas, pues con la palanca que llevaba un regatón de hierro tenían que dar un golpe preciso apoyando la palanca en alguna piedra para poder pasar por en medio de dos piedras.

Viajando ahora en el ferrocarril no se explica uno cómo se podía viajar desde Córdoba en canoa, y hay que saber que antes ese viaje en canoa se hacía desde Cisneros, que se llamaba *Juntas*, porque allí se juntan los ríos Dagua y Pepita.

Después de juntarse los dos ríos y en un trayecto de más de una cuadra se pueden ver las aguas claras del Pepita por un lado y por el otro las sucias del Dagua.

Figura 1
Champán en el río Magdalena, 1878



Fuente: Ramón Torres Méndez, Biblioteca Luis Ángel Arango

El barón de Humboldt, al hablar de los bogas del río Dagua decía que cada boga era un Dios y cada palanca un milagro.

Nuestro boga Cotico era una maravilla; de pie en la patilla de la proa de la canoa dirigía ésta con destreza y lo mismo hacia su ayudante que iba en la patilla de popa. lisos bogas se conocían todos, casi siempre con apodos, y se saludaban al cruzarse.

–Adiós Cotico!

–Adiós Araña!

–¿Qué tal viaje?

–Güeno y voo?

–Como que llevas blancos? (pasajeros).

–Llevo cinco. Adió!

Esos diálogos eran en todo el camino.

El viaje duraba todo el día y se llegaba a Buenaventura por la tarde.

Noté que cuando nos íbamos acercando a la desembocadura del río Dagua, los bogas que iban muy adelante de nosotros se iban dejando alcanzar y se quedaban atrás.

Al pasar por un rancho, el negro Cotico dijo al dueño del rancho.

—Hé, Pascual, onde mataron esa cantaora?

Yo no sabía qué era la cantaora, pero el ayudante de Cotico me mostró en un árbol cercano al rancho una enorme verrugosa (serpiente) que abunda mucho en estas regiones y la llaman cantaora porque dicen que canta con un canto muy semejante al de una gallina.

Salió la canoa al mar y ya los hagas no se servían de las palancas sino de los canaletas, remando uno al lado derecho y el otro a la izquierda. Con mucha habilidad, pues el mar estaba muy picado.

En esa época tenían una casa de comisiones en Buenaventura don Miguel Vicente Mercado (el patrón Mercado), el doctor Miguel Guerrero y don Víctor Sarria, bajo la razón socia] de Mercado, Guerrero y Sarria.

Ninguna canoa nos precedía ni nos seguía y cuando nos íbamos acercando a la población, toda la orilla estaba llena de gente, porque ninguna canoa había entrado al puerto ese día, y fue un acontecimiento nuestra llegada. Entre los que esperaban en la orilla, estaban los señores Mercado, Guerrero y Sarria, grandes amigos de mi padre y sus agentes en el puerto para el recibo y despacho de carga. La marea estaba alta y cuando saltámos a tierra esos tres amigos nos dijeron:

—Su canoa es la única que ha entrado hoy al puerto. Gracias a que los que el negro Cotico, no les ha pasando nada.

Para mi fue una diversión ver el mar encrespado y bien picado y llegar a Buenaventura empapado por las olas que pasaban sobre la canoa: ni por un momento pensé que habíamos corrido peligro.

En Buenaventura, en aquella época, las casas eran de embutido o de paredes de caña y todas cubiertas de paja, muy semejantes a los ranchos de Córdoba.

Nos hospedámos en casa del patrón Mercado y comíamos en un restaurant vecino.

Al día siguiente llegó el vapor “Islay” de la Pacific Steam Navigation Co., en el cual debíamos embarcarnos para Panamá.

Esa compañía tenía el monopolio de la navegación de las costas del Pacífico desde Panamá hasta Chile, sin que a ninguna otra compañía se le hubiera ocurrido hacerle la competencia.

Los buques que tocaban en Buenaventura eran malísimos y la comida peor todavía.

Aunque publicaban itinerarios, jamás los cumplían, a pesar de que tenían una buena subvención del Gobierno para traer los correos.

Los tales vapores sólo tocaban en Buenaventura cada 15 días a veces cada mes.

Un pasaje de Buenaventura a Panamá –36 horas de navegación– valía casi lo mismo que el pasaje de Nueva York a Colón y los pasajeros eran considerados como carga.

La bandera de la compañía tenía las iniciales P. S. N. C. que alguien dijo que significaban “Pícaros sin ninguna consideración”.

Otro decía que tales iniciales significaban “Pésima será nuestra comida”, a lo cual un empleado de la compañía le dijo: “¡Peor sería no comer!” En todo ‘caso no habiendo otros buques que hicieran el viaje en las costas del Pacífico, había que someterse a todas las incomodidades de los buques de esos pícaros sin ninguna consideración.

Fue para nosotros una verdadera fortuna la llegada del Islay, buque que era muy grande y venía por primera y última vez a Buenaventura, porque fue el único viaje en que tocó en ese puerto. Así, pues, nuestro viaje fue con relativa comodidad, aun cuando la comida si era como en todos esos buques, de pésima calidad.

El buque fondeaba a alguna distancia de la orilla y para embarcarse había que tomar canoas. Si la marea estaba baja, lo gas cargaban los pasajeros en tantán y atravesaban el barrizal de las orillas hasta colocarlo a uno la canoa. Igual operación se hacía pala desembarcar con baja marea.

Nuestro viaje lo hicimos sin ningún contratiempo hasta Buenaventura. Nos hospedamos en una pensión que tenía una señora Simona Charí, que era muy atenta, culta y simpática.

En esa época los vapores acostumbraban disparar un cañonazo para anunciar su llegada y su salida al anclar y al levantar el ancla.

A mi, como buen muchacho que viajaba por primera vez, me gustaba verlo todo.

Cuando el buque se aproximaba al lugar donde debía anclar, yo me situé en la baranda para ver la ciudad, los buques anclados en la bahía, etc., etc., y estaba completamente distraído.

Sobre la cubierta y justamente sobre el sitio que yo ocupaba estaba el cañón. Al soltar anclas el buque, dispararon el cañón sobre mi cabeza y ya pueden suponerse mi susto con ese disparo inesperado a cuyo ruido se agregó el del ancla al caer al mar.

En Panamá encontramos al Padre Felipe González que era amigo de mi padre y de mis dos hermanos mayores, porque dicho sacerdote fue profesor del

Seminario de Popayán hasta el año de 1876 en que fueron desterrados el superior y profesores del Seminario. El padre González era el Capellán de las Hermanas de la Caridad.

Le informó a mi padre que en San José de Costa Rica había un magnifico seminario y que en él estaban tres de los antiguos profesores de Popayán: el padre Malezieux –que era el rector– y los padres Augusto Saguet y Federico Gamarra. Así pues, mi padre resolvió llevarnos a Costa Rica.

Tuvimos que permanecer en Panamá varios días en espera de algún vapor que fuera a Puntarenas. Estábamos en cuaresma y el ilustrísimo señor obispo de Panamá, doctor Telésforo Paúl, iba a predicar en la catedral, noticia que nos dio la señora Chari. En Panamá, si no todas, la mayor parte de las bancas de las iglesias tienen sus dueños, y si éstos no van a alguna función religiosa. Nadie ocupa esas bancas, por lo cual la señora Chari nos dijo:

En la catedral está la banca de la familia N. que está de luto y no irá al sermón. Ustedes pueden ocuparla, pues yo le mandaré a avisar a la familia, y por la noche envió un paje para que nos indicara cuál era la banca que podíamos ocupar.

En una de las noches que pasámos en Panamá. Como a eso de las 7 p.m., se formó en la calle un barullo infernal, todo el mundo corría, cerraban las puertas que daban a la calle y gritaban:

–Revolución! Revolución!

Después volvió la calma y no pasó nada; era una falsa alarma, se nos informó que eso era muy frecuente allí, donde los gamonales de entonces, entre los cuales recuerdo los nombres de un señor Correoso y un señor Gónima tumbaban presidentes a sombrerazos y colocaban otro que el día menos pensado corría la misma suerte. Esos eran los presidentes de lo que entonces se llamaba listados Soberanos, pero en Panamá era donde se habían especializado para hacer esa clase de revoluciones, generalmente sin que sonara un solo tiro.

Figura 2
Puerto de Ciudad de Panamá, 1881



Fuente: Armand Reclus. Exploraciones a los istmos de Panamá y de Darién

Al fin llegó el vapor “Costa Rica” en el cual nos embarcamos.

Iban pocos pasajeros, entre ellos el Conde Patricio, notable prestidigitador, un yankee de apellido Trece que no hablaba nada de español y tenía como compañero, con el cual conversaba y fumaba en una misma pipa, pasándosela por turno, a uno de los empleados de a bordo, en sus ratos desocupados, y dos españoles. Iba también un francés que tampoco hablaba español, pero nos entablaba conversación en francés y nos preguntaba cómo se llamaban las cosas.

En Puntarenas

En Puntarenas había un pequeño muelle, pero no para que atracaran los buques, pues éstos anclaban a alguna distancia. Iba, como en todos los puertos, la capitanía a recibir el buque y la sanidad a pasar vista.

Mientras tanto, todos los botes que estaban listos para ir a traer pasajeros y equipajes permanecían en la orilla. A una señal que les daban del muelle, todos partían al mismo tiempo hacia el buque y atropellándose por llegar primero a

bordo. Uno de esos botes chocó con otro y se volcó; nadie hizo caso de 105 náufragos y éstos después de mucho trabajo lograron enderezar el bote y subirse a él empapados, para regresar a tierra, pues en este estado no podían subir al buque.

En el viaje me hice amigo de uno de los marineros que hablaba español; era joven y muy simpático. Cuando supo que yo iba para San José, me dijo: Yo soy josefino, me llamo N. Bolandi; le voy a suplicar me lleve una carta para mi familia, y la víspera de la llegada a Puntarenas me dio la carta, la cual hice entregar por conducto de un amigo del cual hablaré después.

Como sucede en todos los puertos, los que iban por pasajeros y equipajes formaron un barullo infernal a bordo disputándose los pasajeros.

Había mucha gente, sobre todo en la cantina del hotel.

Allí se encontró mi padre con un señor Adolfo Calderón, el cual le dijo: No se preocupe por nada, yo le consigo carreta para que le lleven el equipaje a San José y mulas para usted y sus hijos. A poco rato se presentó un señor Carmo-
na que tenía bestias de alquiler y no sólo dio las que nosotros íbamos a ocupar sino que le dio otra mula a Mister Trece y también a los dos españoles.

En la cantina se expandían muchos licores, cerveza helada, frescos de frutas y un salpicón muy provocativo, porque el calor era insoportable. A mi me provocaba mucho tomarme un salpicón, pero tanto el señor Calderón como mi padre –que probablemente me conocieron la gana– me dijeron que no fuera a tomar ninguna bebida helada, en momentos en que uno de los concurrentes a la cantina –tal vez conociéndome también la gana– me ofrecía un salpicón.

Figura 3

Puerto de Puntarenas, 1909



Fuente: Fernando Zamora, *Álbum de vistas de Costa Rica*.

Ya casi al tiempo de salir de Puntarenas me acerqué al mostrador aprovechando que ni el señor Calderón ni mi padre ni mis hermanos estaban en la cantina y me tomé un salpicón. Inmediatamente sentí que me cayó mal. Me dió un escalofrío en todo el cuerpo, pero nada dije.

Emprendemos la marcha

Ya estaban las mulas listas, pero ¡qué aparejos aquellos! Las mulas no tenían frenos y los aparejos parecían de gitanos. Salió la caravana.

Eramos 10 por todos; mi padre y sus cuatro hijos, los dos españoles, Mr. Trece, el señor Carmona y un peón y el señor Calderón, que nos acompañó en un corto trayecto.

El desfile era imponente y grotesco a la vez.

Allá no acostumbran montar con zamarros, polainas, ni ruana, pero como nosotros llevábamos ruanas nos las pusimos y les llamó mucho la atención esa indumentaria.

Con el calor del camino se me compuso el cuerpo, pero como las mulas eran de trote, me empezó a dar una especie de dolor de caballo y el peón me ofreció que cambiáramos, pues iba en un caballo de paso, largo y suave. Me puse feliz, pero como no podía ir al paso de la caravana, siempre me adelantaba y tenía que esperarla cuando ya les llevaba mucha ventaja.

Habíamos caminado tres o cuatro horas sin encontrar donde pedir un vaso de agua. Ibamos muertas de sed.

Al fin llegámos a un punto que se llama La Barranca, donde había una venta. Nos desmontámos y pedímos algo fresco; nos sirvieron una tamarindada que nos pareció exquisita. Todos repetimos.

El místico que nunca había montado a caballo montó con zapatos y se le habían hinchado los pies. Se quitó los zapatos y cuando íbamos a volver a montar, no se los pudo poner; los colgó de la montura y montó en medias.

De allí se despidió el señor Calderón diciéndonos:

—Esta noche pueden dormir en San Mateo, mañana salen temprano para que no les toque subir con sol la cuesta del Aguacate. Después de pasar esa cuesta, encontrarán una casa muy grande; allí llegan a almorzar y deben permanecer hasta por la tarde que seguirán a Alajuela. Allí llegan al Hotel X para comer y pasar la noche. Al día siguiente toman el tren de la mañana para seguir a San José; en la estación los esperaré para llevarlos al hotel. A mi paso dejo todo arreglado, de manera que en la casa nueva, así como en Alajuela, los esperan.

Los dos españoles eran divertidísimos; en cada venta que encontrábamos tomábamos algo y le participábamos al míster. Este parecía azorado porque no le había tocado el turno de pagar algo. Al llegar a una venta se adelantó y atravesó a mula frente a la reja de la venta. Por señas hizo que nos sirviera un trago y para pagar se puso sobre el brazo varias monedas desde cinco centavos hasta un dólar. Cuando la ventera tomó del brazo del míster el valor de la tanda, se la conoció el contento. El quería pagar algo y había cumplido su deseo.

En Costa Rica, a todo extranjero, sea de donde sea, exceptuando los de habla española, los llaman *Machos* y a las mujeres *Machas*. Esto lo supimos porque el señor Calderón y el señor Carmona al referirse a míster Trece le decían el *Macho*.

–Esta es la mula para el *Macho*, dijo el señor Carmona.

–El *Macho* debe ir muy cansado y aburrido porque no puede hablar con nosotros, decía el señor Calderón.

Acá a los extranjeros, de cualquier nacionalidad que sean, les decimos *gringos*.

Continuamos la marcha y como a las 7 de la noche llegamos a una casa en donde había una venta de caña. Pedimos posada y nos la negaron diciendo que como era venta de caña no nos dejarían dormir los carreteros. Cerca de la venta había una planeta sombreada por varios árboles. Los españoles propusieron que acampáramos allí, donde se podía comprar caña para las bestias.

Así se hizo. Nos desmotamos, se desensillaron las bestias y tendimos las ruanas para acostarnos. El míster al bajar de la mula cayó como se le hubiera caído un rayo y se acostó. A poco rato, la mula que quedó suelta le iba a pasar por encima y él le tiró uno de los zapatos que tenía en la mano.

Compramos café, y mi hermano Rafael que si entendía algo de inglés me dijo que le fuera a ofrecer café al míster, diciéndome como debía decirle.

Me acerqué al míster que parecía un muerto boca arriba y cuando le pregunté que si quería tomar café me contestó:

–All right!

Le pasé una taza de café con su respectivo acompañamiento y se la tomó, después le ofrecí agua y la aceptó con el consabido all right.

El camino carretero pasaba cerca de donde nosotros estábamos acampados. Era noche de luna y las carretas, que son todas tiradas por bueyes, viajan de noche cuando hay luna y durante el día solamente en las primeras horas de la mañana y por la tarde cuando cae el sol, porque los carreteros cuidan muchos sus bueyes. Cuando están descansando, les dan caña, pero no les dan sino la caña pelada y cortada en cascacos que les van dando con la mano, de manera que la hoja de la caña no la venden ni los bueyes comen tampoco la cáscara.

El ruido que hacía en la carretera el interminable desfile de carretas era insoportable, de manera que muy poco fue lo que pudimos dormir.

Como a las cinco de la mañana resolvimos continuar la marcha; ya todos estábamos listos para montar y el místico buscaba algo por el suelo. Yo que había visto cuando el místico le tiró el zapato a la mula, le dije qué era lo que buscaba y a poco rato encontramos el zapato que parecía un zapato chino, pues con el sereno se había arqueado. Lo entregamos al místico, quien volvió a montar en medias y continuamos la marcha.

Llegamos tempranísimo a la casa grande que nos había indicado el señor Calderón y nos recostamos hasta que nos sirvieron un espléndido almuerzo. Después de almuerzo hizo un calor infernal y la dueña de casa puso a nuestra disposición una enorme jarra de chicha diciéndonos que podíamos tomar la que quisiéramos y que al acabarse volvería a llenarla.

El místico se había sentado en el corredor de la casa, que daba a la carretera y donde había una cantina bien provista. Entre otras cosas había chicha embotellada en esos frascos cuadrados en que viene la zarzaparrilla de Bristol. Cuando salí al corredor, el místico acababa de tomarse uno de esos frascos de chicha y pidió otro que se lo tomó de un solo tiro también; cada frasco le costaba cinco centavos o un cinco como dicen allá. Por señas lo hice pasar a la sala y le hice saber, mostrándole la jarra, que teníamos chicha a discreción; le serví un vaso, se lo tomó y se quedó en la sala.

Cada rato se levantaba y se servía otro vaso. Nosotros hacíamos otro tanto y la jarra jamás estaba vacía, porque constantemente salía una muchacha y la llenaba.

Cuando llegó la hora de continuar la marcha y mi padre y los compañeros (le viaje preguntaron cuánto se debía, grande fue el asombro cuando la señora nos dijo:

–Usted no deben nada, el señor Calderón dejó todo arreglado.

En Alajuela

Llegamos a Alajuela ya de noche y un grupo de muchachos nos seguía, tal vez porque les llamó la atención la caravana y sobre todo las ruanas que llevábamos puestas. Entonces el señor Carrasco, uno de los españoles, que no se estaba callado un minuto, nos dijo: vamos a hacer creer que somos una compañía de maromeros y empezó a decir, de manera que los muchachos que nos seguían oyeran:

–Las jaulas de las fieras no van a alcanzar a llegar esta noche.

–Dónde se habrá quedado el payaso, que no viene con nosotros?, etc.

Cuando nos desmontamos en el hotel, había aumentado el séquito de muchachos. El señor Carmona se hizo cargo de las mulas y nosotros fuimos a ver nuestras habitaciones, mientras llamaban a comer.

Los muchachos no desampararon el hotel hasta que lo cerraron, haciéndonos mil preguntas, pues quedaron convencidos de que éramos una compañía de maromeros, y seguramente: el día siguiente salieron a encontrar las jaulas de las fieras.

En el hotel tampoco tuvimos que pagar nada, pues ya el señor Calderón había pagado.

Al día siguiente nos fuimos a la estación a esperar la llegada del tren de San José, que a su regreso nos llevaría.

En el tren venía un hermano de míster Trece que era empleado del ferrocarril. Ya se puede suponer la alegría de míster Trece al ver a su hermano y tener con quien hablar. Míster Trece le dijo a su hermano que nos habíamos dejado pagar nada en el camino, y nos presentó a su hermano. Este, que sí hablaba español, se manifestó agradecidísimo.

En San José

Cuando llegamos a San José, el señor Calderón estaba en la estación esperándonos, y nos tenía vehículo listo para llevarnos al Hotel Pacífico, en donde ya tenía listo alojamientos para nosotros y los españoles, Míster Trece se fue con su hermano y estuvimos varios días sin verlo.

Nuestras fachas no eran nada presentables, pues los vestidos los teníamos sucios por el polvo del camino, así tuvimos que permanecer, pues toda la ropa venía en los baúles y la carreta que los traía de Puntarenas y que debió llegar al día siguiente, no llegó si no ocho días después.

Sin embargo salíamos a conocer la población y permanecíamos el resto del día en la cantina y en la sala de billares que tenía el hotel, pues no teníamos nada que hacer.

Asistimos a la primera retreta que hubo frente al Palacio Presidencial, allí encontramos a míster trece con su hermano, el cual nos convidó a tomar cerveza en la cantina vecina y de allí oímos la retreta.

Pocas veces volvimos a ver a míster trece y después supimos que murió algunos meses después de su llegada.

Los dos españoles pusieron un buen almacén de abarrotes y les fue muy bien en su negocio.

Ocho días después de nuestra llegada a San José, llegó el equipaje y pudimos cambiar de ropa. Fue una imprevisión nuestra el no haber llevado a mano siquiera una muda de ropa, pero no teníamos en que llevarla, porque en ese tiempo no se usaban las maletas de viaje y las monturas que nos dieron no tenían alforjas.

La demora consistió según informó el carretero en que a uno de los bueyes lo picó una araña venenosa y no pudo continuar la marcha.

Inmediatamente después de nuestra llegada, mi padre fue a hablar con el superior del seminario, el padre Juan Bautista Malezieux.

Complacidísimo se manifestó el padre Malezieux al saber que estábamos allí, pues mis dos hermanos mayores habían sido alumnos del seminario de Popayán. Aun cuando ya el año escolar estaba avanzado, no puso ninguna dificultad para recibirnos.

El señor Calderón se encargó de conseguir los catres, colchones, almohadas y todos los demás aperos que exigen los alumnos.

El Conde Patricio

Ya he dicho que entre los pasajeros que iban en el buque que nos llevó a Costa Rica iba un prestidigitador italiano de fama mundial, llamado “El Conde Patricio”. Ese señor llevaba un enorme equipaje y gran material de propaganda con su retrato, etc.

Todos los baúles de los pasajeros salieron del buque adornados con los retratos del Conde Patricio, llevaba avisos enormes que decían solamente “llegó el Conde Patricio”.

Como nos hicimos amigos en el viaje, cuando los ayudantes del Conde Patricio salieron a pegar los avisos en las calles, yo les ayudé y así pensamos tener entrada segura a las funciones. Desgraciadamente, cuando se estrenó ya habíamos entrado al seminario y no pudimos verlo trabajar, pero a mi padre le obsequió el Conde una entrada para la temporada.

Naturalmente un prestidigitador tan hábil como complaciente como el Conde Patricio era una diversión a bordo. A él no le gustaba que le exigieran que hiciera pruebas, pero cuando menos pensábamos hacia alguna.

Un día estábamos de sobremesa en el comedor y el Conde llamó a un sirviente y le dijo:

–Tráigame azúcar.

A poco rato se apareció el sirviente con la azucarera, el Conde la destapó y dijo al sirviente:

–Le he pedido azúcar y usted me traerla azucarera vacía. El sirviente se quedó perplejo y entonces el Conde le dijo:

–Es que usted en el camino se ha echado el azúcar a los bolsillos. Inmediatamente el sirviente metió la mano a los bolsillos y vio que efectivamente los tenía llenos de azúcar.

Algunos de los pasajeros supusieron que esa prueba la había hecho de acuerdo con el sirviente, pero la cara de estupidez que puse este cuando le dijo el Conde que tenía el azúcar en los bolsillos no dejó duda de que no había tal combinación.

De esas pruebas hacia el Conde cada vez que le daba la gana, los sirvientes se acercaban a él con recelo, pues con ellos era que más se divertía.

El estreno lo hizo el Conde en el Teatro Municipal, que era el único que había entonces en San José y tuvo un gran éxito, después anunció una función en el circo de toros para hacer la prueba del cañón al cual no podía hacer en el teatro.

En el seminario

Entramos al seminario a las 6 p.m. y a las 7 nos llevaron al comedor con todos los alumnos, pues esa era la hora de comer.

Figura 4

El Seminario, 1909



Fuente: Fernando Zamora, *Álbum de vistas de Costa Rica*.

Allí vimos a todos los alumnos reunidos, después de comer nos llevaron al dormitorio, así pues solo al día siguiente en el primer recreo hablamos con los compañeros.

Ya se pueden suponer la curiosidad de los muchachos con esos condiscípulos extranjeros, pues éramos los únicos que no éramos costarricenses y la letanía de preguntas que nos hacían. Cuando dijimos que éramos del Cauca nos bautizaron con el apodo de Cauca y así nos llamaban.

Afortunadamente en el seminario mayor estaban dos caucanos: Ignacio Guevara (caleño) y Tomás Cupertino Terán (chocoano), ambos eran los vigilantes en los estudios, en los recreos y en los dormitorios.

Ignacio Guevara nos dijo: no se vayan a dejar fregar de los muchachos, porque si se dejan los vuelven vaca....

Bien pronto se me presentó la ocasión de manifestar que era caucano, estaba en auge en esos días el juego de raquetas en los recreos, el padre Malezieux me llamó del corredor del primer piso para aventarme una raqueta que yo debía coger al vuelo, pero un muchacho Velásquez se interpuso y la cogió. Entonces entré en lucha con él para quitársela, hasta que quedó en mi poder, pero no contento con eso, le descargué el golpe en la cabeza con la raqueta y se puso a llorar, afortunadamente el rector no vio el incidente, porque apenas aventó la raqueta se metió al cuarto.

Velásquez se fue a dar la queja a Ignacio Guevara, que era el vigilante de recreo, yo le conté lo ocurrido y Guevara le dijo a Velásquez:

—No les dije que no se metan con los Cauca? Mis paisanos son muy guapos y con ellos la llevan perdida.

Naturalmente todos los alumnos se impusieron del incidente y desde ese día nos respetaban. En los dos años y medio que permanecimos en el seminario no recuerdo haber tenido ningún otro pleito con los compañeros costarricenses.

El rector y dos de los profesores del seminario habían conocido en Popayán a mis hermanos Rafael y Enrique que tenían fama de juiciosos, yo que no la tenía, tuve que seguir el ejemplo de mis hermanos mayores para no desacreditar el apellido.

Era capellán del ejército el canónigo Francisco Calvo, un viejito simpatísimísimo, con mucha frecuencia iba a al seminario y lo convidaban o se convidaba a almorzar, pues casi siempre sus visitas eran cuando se acercaba la hora de almuerzo. Es sabido que en los seminarios no se habla durante las comidas si no que algún alumno lee en alta voz algún libro instructivo, solo en caso extraordinario permiten hablar, en cuyo caso el rector toca el timbre y dice:

—Te autem domine miserere nobis.

–*Deo gratias*, contestan los alumnos y empieza la charla.

Cuando veíamos que el padre chico (así lo llamaba todo el mundo) estaba invitado a almorzar, nos poníamos felices y decíamos:

–Hoy tenemos *tuautem*.

Era imposible que estando el padre Chico en el comedor no nos dejaran hablar, el era muy conversador y le encantaban los chistes, de manera que una visita del padre Chico era un acontecimiento.

En una ocasión mi padre fue invitado a un baile que daba el Presidente de la República y nos contaba que al subir las gradas del palacio, bajaba un viejito de militar con sombrero de empanada y espada, la cara no le fue desconocida y luego supo que era el padre Chico, que para asistir a la recepción se puso su vestido de militar como capellán del ejército.

El padre Chico era popularísimo en San José, todo el mundo lo conocía, lo respetaba y lo quería. El seminario de Costa Rica era menos rígido que el de Popayán, pues daban salida a los alumnos en los días de cumpleaños de los padres o algún otro acontecimiento.

Nosotros no teníamos allá a nadie a quien visitar, una vez supe que la familia de mi tío Carlos Patiño hermano de mi madre, había llegado a San José, sin decir nada a mis hermanos, me fui donde el rector y le dije:

–Vengo a pedirle un permiso para salir con mis hermanos mañana.

–Con la risita sardónica que él se gastaba, me dijo:

–¿Y dónde piensan ir?

–Ha llegado la familia de un hermano de mi madre y queremos ir a visitarla.

–Sin preguntar más, me concedió el permiso y en el recreo les di la noticia a mis hermanos. Al día siguiente le caímos a la tía Clementina Velasco de Patiño, que no contaba con esa visita, nos atendió mucho, allí almorzamos y a las 6 p.m. en punto regresamos al seminario, porque los permisos eran hasta esa hora.

Don Adolfo Calderón

Bien merece un recuerdo de mi parte el señor Calderón, de quien hablé al comenzar esta narración, pues fue una providencia para nosotros, desde que nos conocimos en Puntarenas a nuestra llegada a Costa Rica y después en San José, para ayudar a mi padre a conseguir todo cuanto necesitamos para nuestro ingreso al seminario.

El señor Calderón era un hombre muy popular en San José, gozaba de la amistad de las personas de todas las clases sociales.

Era un hombre muy cristiano y tal vez por motivo de algún voto, usaba en determinadas circunstancias un hábito muy semejante al de los franciscanos, con el respectivo cordón. Era síndico o encargado de la Iglesia del Carmen que es una de las mejores Iglesias de San José, esa Iglesia es tan grande como nuestra Catedral, pero de un solo cuerpo, los arcos sobre los cuales reposaba el techo eran de hierro, artísticamente hechos y pintados. Así pues de cualquier parte del templo en que uno se encontrara veía todo.

Yo supongo que esa Iglesia fue construida en esa forma en previsión de los temblores que son tan frecuentes en Centro América.

Muchos temblores hubo durante de dos años y medio que permanecimos en San José y nunca oí decir que la Iglesia del Carmen hubiera sufrido por esa causa, en cambio la Iglesia de la Merced y la Catedral siempre sufrían daños graves en cada temblor, en uno de ellos se desplomó totalmente todo el frontis de la Catedral, que reposaba sobre varias columnas de cal y canto.

El señor Calderón que era viudo, vivía en cada propia con su anciana madre y sus hijos que estaban a pocos años: un varón²⁹ y dos mujeres, por cierto estas últimas eran muy bonitas, la casa de construcción antigua era muy grande.

Cuando quedamos internados en el seminario el señor Calderón se empeñó en que mi padre se saliera del hotel en que estaba alojado y se fuera a vivir a su casa, fue tal su insistencia que al fin se pasó a vivir allí en un magnífico cuarto que le había preparado. Allí permaneció hasta que regresó a Colombia.

La madre del señor Calderón le tenía un gran cariño a mi padre y ni sabía cómo atenderlo, cuando se despidió de ella para regresar a Colombia, la pobre señora lloró amargamente como si se despidiera de un miembro querido de su familia, tal vez presentía que no lo volvería a ver, pues cuando mi padre regresó a San José en 1881 ya la buena anciana había muerto.

Cuando estábamos en vacaciones, iba yo con mucha frecuencia a casa del señor Calderón, pues siempre me obsequiaba. Algo, como frutas, dulces etc. Cuando lo encontraba en la calle, siempre lo saludaba.

Pues era fijo que me llevaba a alguna pastelería y me hacía llenar una bolsa de papel, con colaciones y otras golosinas y algunas veces hacía llenar otra bolsa para que la llevara a mis hermanos, lo que sí no recuerdo es si la bolsa llegaba a su destino intacto o si sufría de mermas en el camino...

29 El señor Calderón tuvo más de tres hijos, el varoncito a que se refiere el autor es seguramente el doctor Rafael Calderón Muñoz, distinguidísimo médico, que heredó de su padre la amabilidad y el excepcional desprendimiento.

Mi afición a los toros

En San José había un magnífico circo de toros³⁰ y constantemente iban toreros mexicanos, entre ellos uno se llamaba Carlitos³¹ y era un gran banderillo, en las corridas nunca daban muerte al toro.

Llegó una vez un tal Pedro Cortijo, que decía ser español y matador de toros.

Las cuadrillas que actuaban en el circo josefino, eran por el estilo de las que vemos aquí y hubo corrida en que solo trabajaban dos toreros.

Mucho bombo le hicieron al tal Cortijo y anunció dar muerte a un toro; por supuesto se llenó y anunció dar muerte a un toro, por supuesto se llenó el circo, el anunciado matador era apenas un mal banderillero, la corrida resultó desastrosa y el toro de muerte salió vivito y coleando a los corrales y el tal cortijo.

A la cárcel por haber pretendido descrestar al público, porque allá no es como aquí que las autoridades nos dejan descrestar constantemente, sin que jamás se haya impuesto un castigo a los estafadores.

Había en el circo josefino un burladero como no he visto en ningún otro circo. Era un hoyo tal vez de un metro de profundidad, en el cual había un hombre hasta más de medio cuerpo, una de las suertes consistía en citar al toro y correr hacia el hoyo, cuando el toro pensaba que iba a coger al torero, este se entraba al hoyo y se agachaba, y el toro quedaba burlado y muchas veces permanecía cerca al hoyo un buen rato, hasta que otro torero lo sacaba del sitio.

30 El circo de San José fue estrenado el domingo 25 de noviembre de 1877, sirvió para corridas de toros y para espectáculos acrobáticos y de variedades, no tuvo más de tres años de vida activa. Después cayó en abandono, por último se transformó en jardín, hubo flores, boscaje, enredaderas y se apoderó de el Venus Afrodita, antes de ser demolido fue un lugar de esparcimientos recónditos para jóvenes pudientes, estaba situado entre los sitios que ocupan hoy la “Plaza de España” y el “Parque Bolívar”.

31 Carlos Subaldía.

Figura 5
Corridas de toros en la plaza de la fabrica, 1904



Fuente: “Páginas Ilustradas”, Año I, No. 235, 1–1–1904.

Una de las suertes que solo en Costa Rica he visto es lo que llaman rosetas, esta es una banderilla muy corta en forma de roseta, con un arpón especial muy corto también, estas rosetas son para colocarlas en el testuz del toro, cosa difícil si se tiene en cuenta en esa parte de la cabeza el cuero está pegado al hueso.

El torero cita al toro como para banderillas, cuando acomete el toro la humilla, le coloca la roseta dando el impulso hacia arriba y saliendo el torero como en la suerte de banderilla.

En una ocasión Carlitos anunció que pondría una roseta con el pie y cumplió el ofrecimiento. Se descalzó, puso el mango de la roseta entre los dedos mayores del pie, tendió la capa en el suelo y se acostó levantando la cabeza para ver el toro, uno de los banderilleros se situó detrás de Carlitos y citó al toro, cuando este humilló para embestir, Carlitos levantó el pie y colocó la roseta dando al mismo tiempo un salto para evitar la acogida y el compañero hizo el quite.

Esto les dará una idea de la agilidad de ese torero, el cual constantemente anunciaba suertes nuevas, como torear con grillos, torear parado sobre un pañuelo pequeño o con algún abanico, etc.

Para una corrida anunció que torearía con zancos, para esta suerte, en vez de capote llevaba una gran muñeca con traje colorado, capeó el toro

maravillosamente con la muñeca y en una ocasión en que se vio muy acosado, le tiró al toro la muñeca y mientras éste se divertía con ella, se fue hacia la barrera en tanto le volvían a pasar la muñeca.

El pueblo josefino tenía adoración por Carlitos y constantemente iba a verlo torear en el circo de San José.

Como se comprenderá fácilmente estando nuestro padre ausente y teniendo por acudiente al mismo ecónomo del seminario que era el padre Thiel (después obispo de Costa Rica) no teníamos quién nos diera, ni a quien pedirle para gastos extras como el de asistir a una corrida de toros.

Figura 6

Corridas de toros en la plaza de la fabrica, 1922



Fuente: Manuel Gómez Miralles, Costa Rica, América Central, 1922.

Amores del portero

En Cartago tenían los padres jesuitas un colegio cuyo rector era el padre España, este durante las vacaciones solía venir a San José acompañado del padre Páramo (colombiano) o de algún otro de sus cohermanos.

Yo no sé a qué diligencias o donde tenían que ir a caballo, lo cierto era que siempre alquilaban dos caballos en alguna de las pesebreras de la ciudad.

Muchas veces regresaban a las 3 o 4 de la tarde y mi hermano Jorge y yo nos encargábamos de llevar los caballos a la pesebrera, en cuyo caso nos decían los padres:

–Pueden ir a dar su paseo hasta las seis, pues hasta esa hora está pagado el alquiler.

Naturalmente no nos hacíamos de rogar y nos dirigíamos a alguno de los muchos pueblos que hay cercanos a San José, los cuales conocíamos porque los días de paseo del seminario casi siempre íbamos a alguno de ellos, o nos paseábamos por los alrededores o en las calles de la ciudad hasta la hora de entregar los caballos.

Al regresar al seminario era fijo que el padre España o su compañero (a veces ambos) nos obsequiaban 20, 40, 50 centavos y no nos hacíamos de rogar para recibirlos.

El portero del seminario era un chiricano que se llamaba Carmen Acuña, este estaba enamorado de una muchacha, pero como no sabía escribir, me buscaba a mí para que le escribiera las cartas que dirigía a su novia, sin darme tema para tales cartas y confiado en lo que yo le escribiera a la muchacha.

Ya pueden suponerse las bestialidades que yo escribía, pues no tenía práctica en esa clase de correspondencia, pero al chiricano siempre le parecían admirables.

Yo le aconsejaba siempre que se comprara papel de ese que usaban entonces para las cartas de amores, con un Cupido en el ángulo superior, un corazón traspasado con una flecha u otra alegoría semejante.

Ese papel lo compraba en una tienda mixta que tenía cerca del seminario Rafael Iglesias, que después fue presidente de Costa Rica.

A veces finalizaba la carta con algún verso de almanaque como estos:

Sufro, siento, padezco.
Suspiro y lloro
Con decir que te quiero,
lo digo todo.
Papelito, papelito:

hacé lo que yo no puedo,
que tú te vas a la gloria,
y yo en el infierno quedo.

¡Que bueno está eso! Me decía Carmen (acuérdense que es el portero) y ya tenía yo asegurado mi entrada al circo, porque esto era cosa convenida.

Cuando se acercaba un domingo y yo no me había hablado el portero para que le escribiera carta a la novia, yo le decía:

–Los amores no hay que dejarlos enfriar; con esta semana no le he escrito a mi novia, bastaba esa insinuación para que viniera la escribanía de la carta y por consiguiente la entrada a sol al circo.

Aunque la entrada era a sol, yo me iba bien temprano al circo porque sabía que al empezar el tendido de sol había un pedazo que quedaba en sombra.

Los ejercicios del clero

En el seminario de Costa Rica estaba establecido que los alumnos de las clases superiores servían la mesa por turno que todos nos disputábamos, porque ese servicio tenía sus gangas, de las cuales hablaré en otro capítulo de estos gratos recuerdos.

En dos ocasiones el padre Thiel –que todavía no era obispo– promovió de acuerdo con monseñor Bruschetti, obispo de Abidos y delegado apostólico, encargado de la diócesis, ejercicios para el clero, los cuales se efectuaron en el seminario.

Allí se reunían 30 o 40 sacerdotes de toda la diócesis, las prácticas y otros ejercicios eran a puerta cerrada, pero en los últimos días hacían una especie de exámenes individuales a los concurrentes, los cuales yo presenciaba comiéndome a servir de acólito y puede darme cuenta de que muchos de esos sacerdotes a duras penas decían misa.

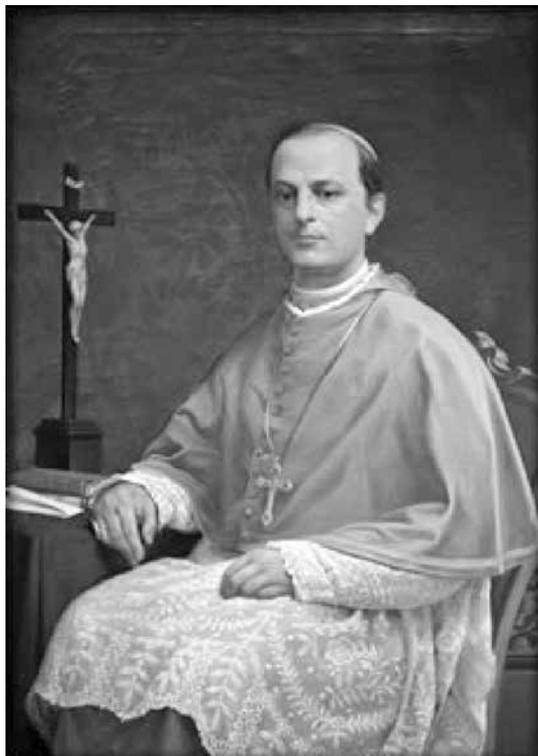
En lo que recuerdo que muchos salieron corchos, fue en la incensada del altar en las misas cantadas, pues eso tiene sus bemoles, cada golpe de incensario va acompañado de ciertas palabras rituales, unas veces dirigiendo el incensario hacia los candelabros –que siempre son seis–, otras haciendo círculo con el incensario y otras bajándolo, como para incensar por debajo del altar, estoy seguro que muchas personas o la mayor parte ignoran esto.

Pues bien, los examinados cogían el incensario y lo boleaban ad libitum sin observar las reglas del ritual, entonces el padre Thiel cogía el incensario y les mostraba cómo debían hacer. Estas y otras ceremonias que esos padres chabacanos hacían a su antojo eran divertidísimas y después venían los comentarios en el recreo y las burlas a los que se habían pelado en el examen.

Terminados los ejercicios, alguno de los sacerdotes iniciaba una colecta entre todos los asistentes para obsequiarnos a mis hermanos y a mí que los atendíamos y les servíamos la mesa, etc, treinta y cuarenta pesos producía la colecta que nos entregaban dándonos los agradecimientos.

Figura 7

Bernardo Augusto Thiel Hoffman, 1888



Fuente: Óleo a color de la Curia Metropolitana de San José.

Figúrese ustedes lo feliz que se consideraría este su amigo con diez o más pesitos en su poder. A pesar de esto no renunciaba al cargo de amanuense del portero, para sus cartas de amor, pues siempre se me pagaba mi trabajo, que para mí era mogollo, pues me había vuelto una fiera para redactar cartas de amores. No supe el resultado de los del portero con la señorita María de los Ángeles –había olvidado decir el nombre de la prometida de Carmen –el portero– pues éste renunció el puesto tal vez para efectuar su matrimonio y entró en su reemplazo un viejo francés Monsieur François, que quedó en el puesto cuando regresamos a Colombia.

Cuando ya iban a salir de los ejercicios fueron todos los ejercitantes al cuarto del señor Thiel, encabezados por el canónigo Ulloa, que era la figura más saliente del clero de Costa Rica, a dar las gracias al señor Thiel, el canónigo Ulloa habló en nombre de todos, manifestando su agradecimiento en un corto discurso, apenas hubo terminado uno de los sacerdotes más ariscos de los que asistieron a los ejercicios, se espinó en medio del grupo –era de baja estatura– y dijo dirigiéndose al señor Thiel:

–Me arrebiato a las palabras del señor Ulloa. Esto causó hilaridad en los concurrentes y no dio lugar a que el señor Thiel contestara.

El servicio de mesa

Como ya lo dicho, los mismos seminaristas servíamos en la mesa a nuestros compañeros, los sirvientes éramos siempre tres: uno para servir la mesa de los padres y los otros dos para servir en cada uno de los lados de las mesas que ocupaban los muchachos.

Los platos los pasaban servidos por un torno que había en el extremo del comedor, pero al que servía a los padres le pasaban las bandejas por una puerta que daba a un pasadizo y había que salir al corredor para ir a recibir los platos, en el pasadizo había frente a la puerta de la cocina un cuarto de depósito que permanecía abierto, pues en él solo había bultos con frisoles –que allá es el fuerte de la alimentación–, bultos de papas, arroz, etc.

El puesto más codiciado era el de sirviente de los padres, pues a estos no se les llevaban los manjares servidos si no en bandejas o fuentes y de allí se servían los padres, naturalmente en todas esas bandejas o fuentes quedaba la mejor parte de la provisión.

Al levantar las fuentes para volver a llevarlas a la cocina, alguna de las fuentes, o mejor dicho su contenido no llegaba a su destino, pues quedaba vacía, previamente se llevaban al cuarto de depósito uno o dos platos grandes que se pedían en la cocina sin decir para qué y allí se vaciaba la bandeja que se escogía para que desapareciera.

Como después de almuerzo todos los padres y alumnos iban a la capilla por un momento antes de salir a recreo, se aprovechaba esa coyuntura para llevar al comedor los potajes separados, los cuales nos repartíamos entre los tres sirvientes.

Los padres tomaban siempre vino tinto en las comidas y éste era servido en unas garrafas de cristal con tapa del mismo materia, si quedaba vino en las garrafas o alguna de ellas sin empezar, el ecónomo al levantarse de la mesa las llevaba a un aparador con lleve que tenían en el comedor para ese objeto, pero a

veces se olvidaba y quedaba el vino en las garrafas, entonces aprovechábamos la ocasión para consumir lo que quedaba y cuando el padre volvía tenía que guardar las garrafas vacías.

Uno de los alumnos descubrió que tenía una llave que abría el aparador y entonces sacábamos de allí el vino que queríamos.

Pocos nos duró ese medio de robar vino, pues yo me confesaba nada menos que con el padre Thiel y tuve que confesarle de hallazgo de la llave y el uso que hacíamos de ella.

En esa misma semana cambiaron la chapa del aparador y se acabó la toma de vino por ese medio, pero lo que es el que quedaba en las garrafas, si el ecónomo no lo trasteaba en tiempo, desaparecía infaliblemente.

Mi debut como torero

Un día de paseo de los seminaristas, iba con nosotros el padre Federico Gamarra (peruano), todos los seminaristas tenían obligación de llevar paraguas, aun en pleno verano.

Ese día nos llevó el padre Gamarra a la Sabana, que era uno de los paseos que más nos gustaba, porque había una avenida de mangos y nosotros hacíamos la cosecha, comiéndolos aunque estuvieran biches.

Figura 8
La Sabana, 1909



Fuente: Fernando Zamora, *Álbum de vistas de Costa Rica*.

Apenas nos había dado el padre Gamarra la señal de romper filas y nos estábamos diseminando en grupos, para empezar la cosecha de mangos cuando de repente vimos que una vaca brava venía sobre nosotros a todo trote, los muchachos emprendieron carrera en todas direcciones, pero yo que estaba cerca del padre Gamarra no me moví de mi puesto, probablemente porque pensé que estando al lado del sacerdote la vaca me respetaría.

Nada de eso; la vaca se me vino encima y no sé porque se me ocurrió abrir repentinamente el paraguas, la vaca se asustó, se contuvo, pegó una abierta carrera y se fue en otra dirección.

El padre Gamarra se me acercó y me dijo:

—Me gusta su sangre fría y le voy a regalar una estampa.

Efectivamente yo sentía la sangre fría desde la cabeza hasta los pies, me habría sido imposible moverme de mi puesto, no le contesté nada al padre Gamarra, pues no podía hablar, porque no me pasaba el susto, había hecho sin quererlo, una especie de suerte de don Tancredo con paraguas. Cuando los muchachos volvieron donde estábamos el padre Gamarra y yo, éste los increpó por su cobardía, haciendo elogios de mi sangre fría y haciéndoles saber que como premio me iba a dar una estampa.

Si mis compañeros me hubieran visto inmediatamente después de mi hazaña, de seguro no me habrían conocido el miedo y se habrían burlado de mí, pero como ya me había pasado el susto, pasé por algo así como un héroe.

¿Cuántas veces se presentan en la vida casos como éste, en que un individuo aparece como héroe porque ejecuta un acto de valor, de puro miedo?

Si no hubiera contado esta hazaña sin decir la verdad, es decir que la ejecuté de puro miedo, con seguridad que la mayor parte de los lectores habrían creído que era invención mía y tal vez unos pocos habrían admirado mi valor y les habría parecido poco el premio que por mi sangre fría me obsequió el padre Gamarra.

Una capeada al rector

El que leía durante la comida y los que servían la mesa, se iban a los dormitorios cuando ya los compañeros estaban acostados.

El padre Malezieux tenía fama de bravo.

Una noche que estuve de sirviente, en lugar de subir directamente a mi dormitorio, tenía algo que decir a Guevara y me fui por el dormitorio que el vigilaba, después seguían otro dormitorio y el nuestro.

Los padres cuando ya nos subíamos al dormitorio, volvían al comedor a tomar té, el comedor quedaba justamente debajo del dormitorio grande y todos los pisos de arriba eran de madera.

Me detuve un momento a hablar con Guevara y seguí para mi dormitorio, atravesando el grande, apenas había llegado a mi cama y estaba distendiéndola para acostarme, cuando lanzaron en el dormitorio grande unas pepas de aguacate que rodaron por el suelo haciendo gran ruido y motivando un alboroto de los muchachos.

El padre Malezieux que sintió mis pisadas y que no me fui a mi dormitorio directamente, supuso que yo había sido el promotor del bochinche y en dos zancazos subió y sin preguntar nada se me fue encima, a mí que tenía cobija de lana en la mano, no me quedó más recurso que capearlo para evitar que me pegara, en ese momento el condiscípulo Francisco Iglesias, que tenía su cama frente de la mía, soltó una risotada al ver que estaba capeando al rector, este se le fue encima a Iglesias y de un tirón lo metió debajo de la cama, en ese momento llegó Ignacio Guevara y le dijo al rector que yo no tenía culpa ninguna, atravesó los tres dormitorios y en ellos reinaba el más profundo silencio, pues los muchachos al sentir al rector, suspendieron el alboroto y se hicieron los dormidos, tapándose la cara con las cobijas.

Un sonámbulo

En el dormitorio en que estábamos mis hermanos y yo, había un muchacho que se hacía el sonámbulo y se aparecía tarde de la noche a decirle a mi hermano Jorge, cuya cama quedaba al frente a la mía, que esa cama era la de él y Jorge le entablaba discusión hasta que se aburría y volvía a acostarse en su cama.

Una noche cuando el sonámbulo llegó a pedirle la cama a Jorge, me levanté, cogí una de las almohadas de mi capa y le descargué un formidable almohadazo, sin decir ni una sola palabra, se dirigió a su cama y se acostó, desde ese día no volvió a molestar más, lo que me hace suponer que se fingía sonámbulo o que con el remedio que le apliqué quedó curado.

Al día siguiente le conté al rector lo que había sucedido y me dijo:

–Hizo muy bien y si vuelve, repita el almohadazo, pero como dejo dicho, no hubo necesidad.

Los coristas

El padre Federico Gamarra que era quien ensayaba y dirigía los cantos del seminario, escogió a seis muchachos de los que tenían mejores voces para que dirigieran el canto y los llamaba coristas.

En el seminario había dos alumnos que tocaban el armonio: José Calderón y Alejandro Monestel, este último era ya un gran pianista, después fue a Europa

y en el conservatorio de Bélgica se graduó como organista y cuando regresó fue nombrado maestro de capilla de la Catedral, su hermano Antonio se ordenó en el colegio Pío Latino Americano de Roma con otros de los que fueron nuestros condiscípulos y hoy es obispo de Alajuela.

El armonio estaba colocado detrás de las bancas que ocupaban los alumnos y en seguida se acomodaban las personas que iban a oír la misa al seminario, porque la capilla era pública y había varias misas.

Los coristas prestábamos el servicio por turno en parejas de dos semanalmente, pero a mí me nombró el padre Gamarra, jefe de los coristas, así es que permanentemente tenía mi puesto al lado del armonio donde se colocaba la pareja que estaba de turno, los coristas éramos Jacinto Chaves (que después fue sacerdote lazarista), Gerardo Echeverría, Esperidión Valerín (que nombre tan raro), Manuel Monge, que era mi compañero y N. Cordero.

Cuando se celebraba alguna fiesta como la del rector o la llegada del visitador, que era el padre Gustavo Fonig, siempre en los cantos me tocaba hacer los solos.

Consagración del Sr. Thiel

Al seminario le tocó desempeñar el coro el día de la consagración de Monseñor Thiel.

Para esa fiesta compuso Monestel un Ecce Sacerdos que debíamos cantar cuando los sacerdotes desfilan delante del nuevo Obispo ya consagrado para besarle el anillo.

Tenía un solo con notas altísimas, pues a Monestel le gustaba saber hasta dónde podía yo subir la voz.

Como a los coristas nos tocó cantar no sólo la misa si no las letanías mayores, yo estaba cansadísimo cuando llegó la hora de cantar el Ecce Sacerdos, entonaron los seminaristas el canto y cuando llegó el solo pude cantarlo, pero haciendo un esfuerzo supremo. Terminó el canto y no habían desfilado ni la mitad de los sacerdotes presentes y se dijo que teníamos que repetirlo, yo le dije al maestro de la capilla de la Catedral que tocaba el órgano y era español:³²

–Imposible que yo pueda cantar él solo, pues con seguridad voy a desafinar

–Nada, Sinisterra, me dijo, cántelo sin miedo que si yo veo que va a fallar, le cubro con el órgano la voz para que nadie note, afortunadamente pude repetir el solo, sin desafinar en las notas altas sobre todo en la más alta que tenía

32 Don Eladio Osma.

Calderón en el cual debía sostener la nota lo más posible y pude, el maestro de la capilla me felicitó.

Todavía faltaba un *Qui in diebus suis*, compuesto por el mismo Monestel, el cual tenía yo que cantarlo al final de la ceremonia con Manuel Monge, en la mitad del versículo me dijo Monge: ya no puedo más, sigue tu solo y tuve que terminar el canto yo solo, sin que ninguno de los otros coristas pudiera ayudarme, pues ese himno lo habíamos ensayado Monge y yo únicamente.

En carta que me escribió Manuel Monge más tarde me recordaba ese incidente que yo había olvidado y terminaba diciéndome: Algo me sucedió en la garganta, comenzó el cambio de mi voz y ya no canto más.³³

Igual cosa me sucedió a mí poco después, porque cuando fui al seminario de Popayán ya mi voz no servía para nada.

En el canto tenía yo un rival que no figuraba entre los coristas, era Juvenal Arias, quien después fue lazarista y estuvo en esta ciudad y al regresar a Costa Rica murió en Buenaventura de fiebre amarilla.

No tenía buena voz, pero como su tío don Pedro Arias era maestro de capilla de la Iglesia de La Merced, había recibido lecciones de música con su tío, además el rector lo quería y lo distinguía mucho.

En la última distribución de premios que pasamos en el seminario se iba a dar un premio de ejecución de canto, el rector quería que se le diera a Juvenal Arias, pero el cuerpo de profesores que lo componían los presbíteros Bret, Saguet, Marino y Gamarra, unánimemente dijo que me correspondía a mí y me lo adjudicaron.

La distribución de premios

Las distribuciones de premios del seminario eran concurridísimas, pues llamaban mucho la atención los cantos que siempre resultaban espléndidos.

En un año se ensayó por más de tres meses un canto complicadísimo en francés, que se llamaba “Les Lauriers”, tenía coros a cuatro voces, dúos y solos de bajo, de barítono, de tenor y contralto, para poder ejecutarlo, hubo que darle el solo de bajo a don Pedro Arias y uno de los solos de tenor a un francés de apellido Homasel, que tenía un hijo en el seminario y poseía una bella voz de tenor muy suave.

Recuerdo que el canto empezaba así:

33 Don Manuel Monge, muerto ya, trabajó largos años en la secretaría de Educación Pública, fue Ministro durante la Presidencia de don Federico Tinoco.

Gais compagnons, chantons, chantons,
chantons la gloire de la victorie.
Laissez vos coeurs,
heureux vainqueurs,
batre d' amour dans ce beau jour.

En una distribución llamó mucho la atención otro canto en francés llamado La Retraite, ese canto simulaba una retreta que se iba acercando y luego alejándose hasta que ya no se oía nada, se oían los redobles de los tambores, el sonido de las cornetas, etc, la ilusión era perfecta.

Los que tomábamos parte en el canto no nos dábamos cuenta de ese efecto, pero el padre Gamarra cuando ya estaba bien ensayado, nos hizo oír de lejos y por turno el conjunto y nos pudimos dar cuenta de que la ilusión era maravillosa.

Lo más curioso fue que como el canto empezaba con un coro pianísimo, el público que no oía que ya habíamos empezado y solo veía el movimiento de la batuta del que nos dirigía, se figuró que nos habíamos pelado y no habíamos podido empezar.

El principio del canto era simulando los tambores ya la retreta pasaba, el coro decía:

De la retraite, voici l'heure,
Allons troupiers, allons troupiers,
Il faut rentrer au quartier,
Le conscrit maladroit
Qui trop longtemps demeure, et laisse passer l'heure
Será puni par son sous officier

Una salva de aplausos interrumpió el final lejano de La Retraite

Han pasado más de 50 años y todavía recuerdo casi toda la letra y la música de esos cantos y de otros muchos que cantábamos en la capilla en el mes de María o en alguna otra fiesta.

Una insubordinación en el seminario

La comida del seminario no era tan mala, en todo caso era abundante.

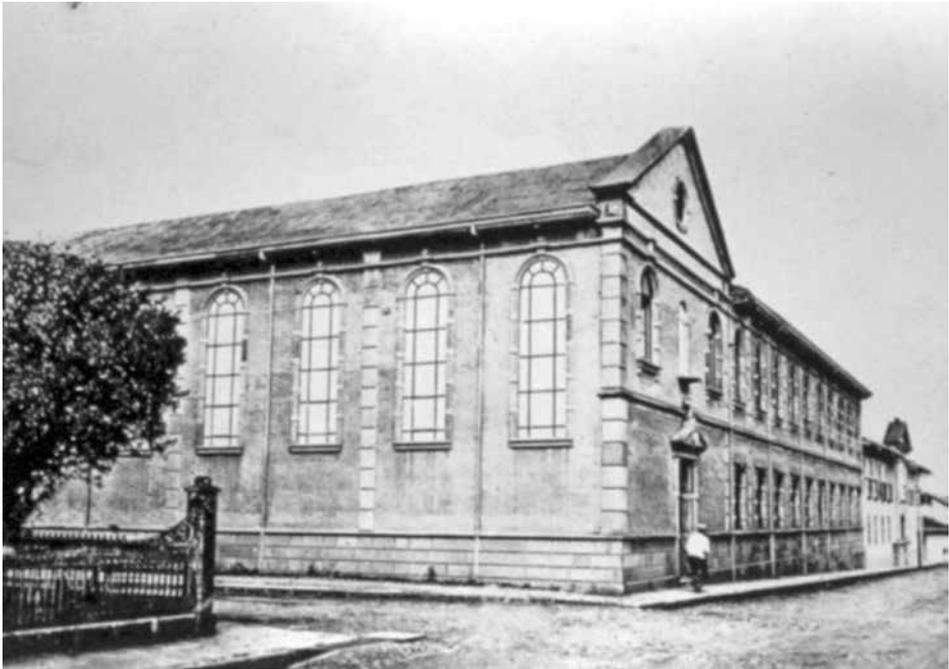
Yo les tenía odio a los frisoles, así es que a pesar del apetito con que íbamos al comedor, cuando ponían frisoles ni siquiera los probaba. Tenía como vecino de mesa a un muchacho Vargas a quien le decíamos tío tigre y gozaba de un apetito feroz, así pues, cuando ponían frisoles yo le pasaba mi plato y se los comía con el mismo apetito con que se engullía el suyo.

Una noche a la hora de la merienda que era a las 7, bajé al comedor con más hambre que un perro callejero y dije para mis adentros: “Esta noche aunque sean frisoles lo que sirvan, me los cómo”.

Efectivamente sirvieron frisoles de unos muy apetecidos allá, que llaman cubases, era tanta el hambre, era tanta el hambre que tenía, que me los comí y me parecieron excelentes, el que salió perdiendo fue tío tigre, porque desde ese día seguí comiendo frisoles y no le cedía mi plato, que hoy es un plato que me gusta mucho.

Por la tarde antes del recreo de las 4, nos daban una fruta: naranjas, rebanadas de piña, bananos, etc. Cuando salíamos del estudio, había en las puertas dos sirvientes que iban repartiendo las frutas y continuábamos en formación, luego daban la señal de romper filas y empezaba el recreo. Establecieron darnos como fruta, plátanos comunes maduros, es sabido que esos plátanos no se pueden comer así crudos y más cuando no están bien maduros o resultan corazonudos.

Figura 9
El Seminario, 1922



Fuente: Manuel Gómez Miralles, Costa Rica, América Central, 1922.

Casi nadie los comía e iban a dar los cajones que ponían para botar las cáscaras. No sé quién fue el de la idea de protestar en alguna forma y se resolvió por unanimidad que si al día siguiente nos daban plátanos crudos nadie los comería, mientras daban la señal de romper filas, los pelaríamos y con la cáscara en una mano y el plátano en la otra, al dar la señal de romper filas empezaríamos una formidable guerrilla y así se hizo.

Los vigilantes fueron los primeros quienes acometimos y después la emprendimos unos contra otros, cuando el portero Monsieur François sintió el bochinche, abrió la puerta y se asomó al patio, los que lo vieron cargaron contra él y tuvo que cerrar la puerta, no sin haber recibido unos cuantos platanazos, que ya estaban arrastrados y sucios, pues del suelo los alzábamos para continuar el combate.

El rector se dio cuenta de que algo extraordinario estaba pasando y salió al corredor del piso alto, cuando vio, entonces tocó la campana y se dieron cuenta los muchachos de su presencia, pero en lugar de intimidarse cargaron contra él y lo hicieron tocar retirada.

Después del combate, las paredes del piso bajo estaban hechas una porquería y con los rastros de los platanazos etc. La sonata del vigilante Guevara y la del rector no salieron muy bien libradas de la refriega.

Todos creíamos que el rector nos iba a meter un regaño monumental e imponer algún castigo extraordinario, pero habló el vigilante Guevara y éste le manifestó el motivo de la protesta, probablemente el rector vio que teníamos razón y desde ese día no volvieron a darnos plátanos crudos.

Una misa pontifical

Por primera vez iba a celebrar de pontifical el nuevo obispo de Costa Rica, monseñor Bernardo Augusto Thiel, el 24 de diciembre de 1880, en la Catedral.

El seminario estaba en vacaciones y algunos de los padres lazaristas que lo dirigían estaban pasando los asuetos en el pueblo de San Isidro.

A algunos de los seminaristas residentes en San José, a mi hermano Jorge y a mí que permanecíamos en el seminario, nos comprometieron para que sirviéramos de acólitos en la misa pontifical, previamente nos ensayó las ceremonias de la misa pontifical el padre Jenaro Marino, nos hicieron sobre medidas unas sotanas de paño rojo y los roquetes respectivos, el día de Nochebuena a las 11 de la noche nos fuimos para la Catedral y ya revestidos esperamos la hora de la misa que era a las 12.

La misa resultó espléndida y nosotros desempeñamos cada uno el papel que nos correspondía con toda precisión, a uno le tocaba llevar el báculo, a otro la mitra, a otro la palmatoria, etc.

Mr. François tenía orden de abrirnos la puerta cuando regresáramos de la misa, pero cuando regresábamos al seminario se nos ocurrió irnos a pie al pueblo de San Isidro donde estaban los padres superiores.

Había una luna espléndida al pasar por los ranchos que había a lo largo del camino, infaliblemente salían a saludarnos los perros de la casa, nosotros no llevábamos ni un palo con que defendernos de las acometidas de los perros y los ahuyentábamos tirándoles piedras.

Ya habíamos andado la mitad del camino cuando reflexionamos que tal vez a los padres no les haría gracia la sorpresa que pensábamos darles y mucho menos les gustaría a los padres cuando al día siguiente se dieran cuenta de que no habíamos dormido en el seminario, así pues resolvimos devolvernos.

Ya eran como las tres de la mañana y unos querían que le tocáramos a Mr. François explicándole lo que había ocurrido y pidiéndole que nos guardara el secreto, otros queríamos que entráramos al seminario por una tapia baja que había en el patio de recreo y la cual daba a la calle.

Esta última resolución, que fue la que optamos, tenía el inconveniente de que podría cogernos el sereno escalando la tapia y entonces pasaríamos un mal rato y se descubriría nuestro escape.

Entre los que íbamos estaba el mayorista Ignacio Guevara, quien naturalmente vestía sotana y sería nuestra salvaguardia si nos cogía el sereno, así es que sin vacilar escalamos el muro y caímos al patio de recreo, para entrar por el mayor, pues el pasadizo de la planta baja estaba cerrado.

Llegamos al pie de la grada que era de madera así como los pisos del entresuelo, resolvimos quitarnos el calzado y subir en medias para no hacer ruido, al subir la grada estaba el cuarto del hermano Solano, que había sido nuestro condiscípulo y era el que se levantaba a las 4 a.m, para llamar a los padres.

Estábamos subiendo la grada a pasos de gato y con el calzado en las manos, cuando sonó el despertador del hermano Solano y vimos que éste tenía ya luz en su cuarto y a ese tiempo abrió la puerta por cuyo frente teníamos que pasar.

Ignacio Guevara vio que no había más recurso que poner en autos de lo que pasaba al hermano Solano y así se hizo, entonces convinimos en que él nos conduciría hasta el seminario menor, yendo delante de nosotros y pisando duro para que no se fueran a oír nuestras pisadas.

El hermano Solano al llegar al cuarto de cada uno de los padres, tocaba diciendo:

–*Benedicamos Domine.*

–*Deo gratias*, contestaba el padre y solano seguía su camino.

Así llegamos a nuestros dormitorios y al día siguiente nos levantamos tarde, porque estábamos exonerados de ayudar a misa ese día.

Era natural que Mr. François se diera cuenta de que no habíamos entrado por la portería y no se explicara como habíamos amanecido en nuestros dormitorios.

Convinimos en el plan de hacerle creer que él medio dormido nos había abierto la puerta y quedó más convencido cuando cada uno de nosotros confirmamos el dicho de Guevara.

Pas posible! Pas posible! Nos decía cuando le asegurábamos que nos había abierto la puerta, el único que conoció la historia fue el hermano Solano, quien supo guardar el secreto.

El himno nacional de Costa Rica

Hacía bastante tiempo que el señor Manuel María Gutiérrez, gran violinista herediano, padre de uno de nuestros condiscípulos, había compuesto el himno nacional de Costa Rica, el cual fue adoptado por el Gobierno.

Dicho himno no tenía letra, de manera que en las fiestas patrias y en las ocasiones solemnes, lo tocaban las bandas de música o las orquestas, pero no se cantaba.

En el Seminario Mayor de San José, teníamos un poeta, el cual compuso la letra de varios de los himnos que en diferentes festividades se cantaban en el seminario.

Para una distribución de premios compuso la letra para adaptarla a la música del himno nacional, que empezaba así:

Cantaré de la patria querida,
El honor, libertad y esplendor,
Con el alma de júbilo henchida,
Cantaré de la patria el amor.

Ya una vez compuesta la letra del himno nacional por el mayorista, después sacerdote Juan Garita (q.d.D.g) se cantaba en todas las fiestas del colegio y todos los alumnos la sabíamos de memoria. Posteriormente compuso el señor José María Zeledón la letra del himno nacional oficialmente adoptado y con ella se canta dicho himno.

Aquí se canta en San Francisco los días de primera comunión o en las comuniones solemnes un himno que cantábamos en el seminario, en igual ocasión, yo no sé cuál es el autor de la música, pero la letra si fue compuesta por el mayorista Garita y empieza así:

El Dios de amor, mi dulce bien ansiado,
Habita en mí, Jesús, habita en mí,
Le doy mi amor, le brazo enajenado,
Pues nada ya nos podrá desunir.

No sé quien trabajo a Cali ese himno que ya es muy conocido aquí y lo cantan varias veces en coro todos los concurrentes, pero sin saber quién es el autor de la letra.

El General Tomás Guardia

En la época en que estuvimos en Costa Rica era Presidente de la República –o mejor dicho dictador– el general Tomás Guardia.

Muy pocas personas sabrán cómo subió a la Presidencia Tomás Guardia.

Cerca del palacio presidencial quedaba en el cuartel de artillería, que tenía un gran patio y pesebreras para los caballos de servicio, allá acostumbraban darle a las bestias de pesebrera pasto picado que lo llaman guate, naturalmente todos los días llevaban al cuartel una o más carretadas de guate, las carretas que eran tiradas por bueyes iban cargadas con el pasto acomodado de tal manera que formaba una pirámide de más de metro y medio de altura.

El plan de la revolución fue armar unas carretas simulando que iban repletas de pasto, para lo cual hicieron armazones para colocar sobre ellas el pasto de manera que toda la carreta quedaba como una bóveda.

Los proveedores de pasto eran conocidos y siempre los mismos, de manera que cuando llegaba el guate, abrían las puertas del cuartel y las carretas entraban al patio.

Una conspiración

El general Víctor Guardia era muy parecido a su hermano Tomás.

El presidente de la República acostumbraba los domingos ir a misa de la tropa que decía el capellán del ejército presbítero Chico Calvo; a la misa asistía el batallón de infantería vestido de gran parada y el presidente ocupaba su solio en el presbiterio, frente al solio del obispo.

Tuvo denuncia el presidente de que iba a efectuarse un atentado contra él en plena misa, y entonces sin poner en autos a su hermano Víctor, le dijo que asistiera a la misa en su lugar, y así se hizo.

No se sabe si los del atentado se dieron cuenta de la sustitución o si no era cierta la denuncia que recibió el presidente; el hecho fue que no hubo tal

atentado. En todo caso, el general Tomás Guardia tuvo la mejor buena voluntad de que fuera su hermano el que sufriera las consecuencias del atentado si se llevaba a cabo.

Otra conspiración

El general Carlos Patiño vivía en Costa Rica en donde desempeñó puestos de mucha importancia, el general Guardia le tenía gran cariño y absoluta confianza.

Estaba el general Patiño de gobernador de la provincia de Liberia, no sé cómo supo que se tramaba una revolución o un golpe de cuartel próximo a estallar, sin pedir licencia ni dar aviso al Presidente, se fue a San José y se presentó al general Guardia diciéndole:

–Necesito que me de el mando del cuartel de artillería por pocos días.

Figura 10

General Carlos Patiño Velasco, s.f.



Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango.

Sin entrar en averiguaciones, el general Guardia le hizo el nombramiento y media hora después era el jefe del cuartel de artillería.

El general Patiño, que ya tenía descubierto el plan, hizo reducir a prisión a los cabecillas de los cuales uno era Rafael Iglesias, quien después fue Presidente de Costa Rica.

Cuando ya estaban presos los cabecillas y conocido el plan quedó frustrado, el general Patiño volvió a entregar el mando del cuartel de artillería y regresó a Liberia.

Otros colombianos en escena

Llegaron a Costa Rica algunos de los revolucionarios de la revolución que estalló en Cauca en abril de 1879, la cual fue debelada inmediatamente, entre esos revolucionarios iba el conocido Federico Pizarro –pizarrito–, de Buga.

Un día, le dijo el Presidente Guardia al general Patiño:

–Han llegado a Puntarenas unos colombianos en muy mala situación y los he hecho colocar en el ferrocarril de Puntarenas, que entonces estaba en construcción.

Cuando el general Guardia le dijo al general Patiño los nombres, éste le dijo:

–Esos son revolucionarios colombianos y ya verá que no tardarán en hacerle una volada, el pronóstico se cumplió, porque poco tiempo después estaban fraguando una revolución en la cual se dijo que tenían parte nada menos que el conocido pizarrito y el general Francisco Guardia, hermano del Presidente, el cual era dipsómano y le dio muchos dolores de cabeza a su hermano.

Tal vez por estar comprometido en el plan el hermano del presidente, éste anduvo magnánimo con los colombianos comprometidos, pues pudieron continuar viviendo en Costa Rica y pizarrito murió algunos años después en San José.

El general Guardia desterraba siempre a la Isla del Coco a todos los que intentaban hacerle alguna revolución.

El general Guardia tenía especial cariño por los colombianos y a los que le solicitaban colocación, los colocaba en el acto y en muy buenos puestos si eran personas de capacidades.

Recuerdo entre otros a un señor Posada que era un bohemio pero muy inteligente, lo colocó con un gran sueldo como corrector de la imprenta oficial, una vez entré a su cuarto con otro colombiano amigo de Posada, el cual estaba recostado muellemente en una hamaca, al ver al amigo que entraba, le dijo Posada:

–Aquí ganándome mis \$300 sin hacer nada y tal parece que era en efecto.

Nuestros ministros

En 1880 estuvo como ministro de Colombia en Costa Rica, según entiendo para arreglar la cuestión límites, etc, Dr. Carlos Holguín, no sé porque el gobierno de Costa Rica no le hizo buena acogida al Dr. Holguín, quien se regresó a Colombia pocos días después de su llegada.

El Dr. Holguín estuvo de visita en el seminario y allí tuve el honor de conocerlo, se manifestó muy complacido al saber que habíamos seis colombianos en el seminario y especialmente mis hermanos y yo, pues el Dr. Holguín era amigo de mi padre.

Poco tiempo después llegó como ministro el Doctor José María Quijano Otero, el cual tuvo mejor acogida que el Doctor Holguín.

El día de su regreso a Colombia, mi tío Carlos Patiño me encontró en la calle y me dijo:

—¿Quieres ir a Alajuela? El Doctor Quijano Otero se va hoy y vamos a acompañarlo hasta Alajuela varios colombianos, anda al Hotel Pacífico que allí es la reunión

Al llegar al hotel había varios coches que enviaba el Presidente, uno de ellos su coche de lujo, tomamos puesto en los coches y al llegar a la estación, estaba listo un tren expreso con dos vagones: uno de primera y el otro en el cual había varias cajas de licores y algo de comestibles, las libaciones empezaron desde que partió el tren hasta que llegamos a Alajuela.

Despedimos al Doctor Quijano Otero y regresamos inmediatamente a San José continuando las libaciones.

Entre los concurrentes iban muy buenas copas, siendo uno de ellos el señor Posada de quien he hablado antes, el cual tenía una gran facilidad para improvisar y nos divirtió en todo el viaje con improvisaciones y graciosísimos chistes.

El Padre Merceron

Se apareció en el seminario un padre francés de apellido Merceron, muy inteligente e ilustrado, los padres por espíritu de paisanaje y por caridad, le dieron alojamiento.

Estaba medio chiflado y su manía consistía en creer que lo iban a envenenar y con esa manía sufría mucho.

Comía en la misma mesa en que comían los padres, el rector le servía sopa a sus compañeros, el padre Merceron recibía su plato, pero inmediatamente lo cambiaba con el del alguno de los comensales y lo mismo hacía con los otros platos que le pasaban servidos.

Para decir la misa no permitía que el ayudante le sirviera vino, el llevaba las vinajeras previamente llenadas por él en el pecho de la sotana y él mismo se servía.

Entraba a la sacristía y tomaba del hostiario una hostia, unas veces de encima y otras de abajo, llenaba las vinajeras, después que veía que el que iba a ayudar otra misa había llenado otras y si no, después de llenar las suyas esperaba ver llegar otras para tener seguridad de que ni el vino ni el agua estaban envenenados.

Durante las vacaciones, a mis hermanos y a mí que nos quedábamos en el seminario, nos tocaba a ayudar dos misas a nuestros superiores, cuando no iban seminaristas de fuera, que acostumbraban ir con ese objeto.

El padre Merceron me cogió cariño para que le ayudara su misa, la cual casi siempre decía en una capilla privada que había en el seminario mayor.

Un día que el padre Merceron me llamó para que le ayudara la misa, se me ocurrió para que no me volviera a llamar, decirle:

–Le ayudo la misa con mucho gusto y si quiere todos los días, pero la condición de que yo le sirva el vino para consagrar y para las abluciones.

Ni me contestó siquiera y nunca me volvió a llamar, pues supongo que mi propuesta le hizo sospechar que yo lo iba a envenenar.

Mucho debía de sufrir ese padre con la obsesión que tenía.

A nuestro regreso de Costa Rica, nos tocó como compañero de viaje el padre Merceron desde Panamá a Buenaventura y aquí en Cali estuvo algún tiempo, después se fue y no volví a saber de él.

En el viaje de Panamá a Buenaventura venía el señor José Ramón García –el chapetón– que era amigo de mi padre, un día destapó una botella de un magnífico vino que traía y nos ofreció una copa a mi padre y a mi hermano Jorge y a mí y también al padre Merceron, este cuando el señor García le pasó la copa de vino, le dio las gracias y le dijo que no tomaba, pero cuando ya las copas estaban servidas, le arrebató a mi hermano Jorge la que tenía en mano y se la tomó.

El señor García se quedó perplejo al ver ese acto él interpretaba como una grosería del padre Merceron, después le explicamos que ese padre estaba loco y cuál era su manía, de lo cual no se había dado cuenta, pues por lo demás el padre Merceron era muy correcto y culto y de conversación muy agradable.

Luto en la familia

En el mes de noviembre de 1879 tuvimos la pena de recibir la triste noticia que había muerto el 11 de octubre, nuestra querida tía Domitila –hermana de mi padre–, la cual con su otra hermana Evarista, vivieron siempre en casa de nuestro padre y nos querían entrañablemente.

Nuestras dos tías tuvieron siempre una escuela mixta en la cual aprendieron las damas y caballeros más distinguidos de Cali, allí aprendían a leer y escribir, nociones de gramática, aritmética, geografía y la doctrina cristiana que todos los discípulos tenían que aprender de memoria.

Mi tía Domitila tenía gracia especial para enseñar a escribir y tenía una linda letra, todos sus discípulos los salieron de la escuela luciendo una buena letra y todavía existen algunos de los que fueron sus discípulos, lo raro era que mi tía Evarista que no tenía buena letra, sabía enseñar a escribir y también sus discípulos sacaron buena letra.

Mi tía Evarista tuvo la manía de enseñar, nuestro padre le hizo dejar la escuela varias veces, pero pronto empezaba a recibir nuevos alumnos por complacer a un amigo o amiga y cuando menos pensábamos, estaban los corredores de la casa, que era muy grande, llenos de mesas y asientos de los discípulos.

Hasta pocos años antes de su muerte tuvo su escuela ya en casa propia y muchos de sus discípulos viven todavía y la recuerdan con cariño y gratitud, porque era de un carácter angelical y la bondad personificada.

Era imposible hacer esta narración sin hacer un recuerdo de mis queridas tías que tanto nos chocholearon y de las cuales la última fue mi madrina de bautismo y siempre me distinguió con su cariño y al morir me dejó parte de la casa en que vivió, la cual le obsequió su hermano el doctor Primitivo Sinisterra.

Algún tiempo antes de morir, por insinuación de mi padre volvió a vivir con nosotros y alquiló la casa que tenía en carrera 6ta.

Muere mi hermano Rafael

En 1880 mi hermano mayor Rafael no volvió al seminario y se fue a la ciudad de Liberia de la cual era gobernador mi tío el general Carlos Patiño, el cual le dio una buena colocación a su lado.

El padre Bernardo Thiel que ya había sido preconizado obispo de Costa Rica, le tenía gran cariño a mi hermano Rafael y le había dicho que al ser consagrado obispo lo llamaría para darle un buen empleo en la curia, pues mi hermano era muy inteligente y había terminado sus estudios en el seminario mayor.

Nombró el Presidente de Costa Rica al General Patiño superintendente del ferrocarril en construcción de Puntarenas a la capital y con ese motivo se vino con la familia a Puntarenas y con ellos mi hermano Rafael.

En el mes de setiembre recibió un telegrama el padre Thiel avisándole que Rafael estaba malísimo en Puntarenas con fiebre amarilla, inmediatamente el padre Thiel emprendió viaje a Puntarenas llevando a mi hermano Enrique, pero

cuando ellos llegaron ya Rafael había muerto y su cadáver fue llevado a la población de Esparza –después Esparta– donde fue sepultado. Ya se puede suponer como quedaríamos de angustiados mi hermano Jorge y yo.

El padre Thiel y mi hermano Enrique supieron la muerte de Rafael en el trayecto de Esparta a Puntarenas llamado La Barranca, donde se encontraron con el General Patiño. Al saber la noticia regresaron a Esparta. Allí le dio tío Carlos al padre Thiel una magnífica mula de su propiedad para que lo regresara a San José.

El padre Thiel le dijo a mi hermano Enrique que se quedara en Esparta y se fuera más tarde y que al llegar a Alajuela se fuera a dormir a la casa cural, pues él lo dejaría recomendado al cura para que lo atendiera.

Al llegar Enrique a la casa cural encontró que había gran movimiento de gentes como había en toda la población, en la casa cural estaban ensayando una misa solemne de réquiem.

Más tarde supo que había muerto una de las hijas del General Guardia y que al día siguiente llevarían el cadáver a San José.

El tren en que llevaron el cadáver iba lleno de personajes notables, civiles, militares, el cuerpo diplomático, varios sacerdotes y gran acompañamiento, los coches del tren estaban enlutados, en dicho tren le tocó viajar a San José a mi hermano Enrique.

Ya que trato de entierros, voy a hablar, voy a hablar de la costumbre que había en aquella época en San José para los entierros y digo en aquella época porque no sé si haya cambiado.

Entre nosotros se da el toque de campana que llaman doble y antes y al final se dan dos clamores si el difunto es mujer, tres si es hombres cuatro, si es un sacerdote, cinco cuando es un fraile para los obispos se dan cuenta y cuando muere el Papa cien.

En Costa Rica según las categorías y las posibilidades pecuniarias del difundo, se dan los clamores, pues cada clamor tiene su estipendio; así es que al contratar el entierro se dice con cuantos clamores se quiere, de manera que por los clamores no se puede saber si el muerto es hombre o mujer, como sucede aquí.

Figura 11
Ostentoso funeral costarricense en siglo XIX, s.f.



Fuente: Biblioteca Nacional de Costa Rica “Miguel Obregón Lizano”.

En los entierros, durante la vigilia y la misa distribuyen a los concurrentes velas de esperma más o menos grandes y más o menos lujosas: esas velas van enlutadas con una espiral negra pintada en la vela o con una cinta de raso negra y angosta, también en forma de espiral.

Los concurrentes encienden sus velas y las colocan en el pavimento, al salir el dueño de la vela puede llevársela o dejarla, pues hay gentes que van a los entierros para recoger las velas que otras personas dejan.

En una ocasión me llamó la atención al pasar por la Catedral el número de clamores que tocaban en las campanas y que la Iglesia estuviera llena de gente.

Supe que se trataba de un entierro de una negra vieja que había sido desde niña sirvienta de la familia Echeverría, que era de la aristocracia josefina y gente muy rica, pero eso no explicaba el motivo de un entierro tan suntuoso para un sirviente de la casa.

Estando niña la negrita de mi historia, cayó gravemente enfermo uno de los hijos del señor Echeverría y murió pocos días después.

Pusieron el cadáver en la casa en cámara ardiente y la negrita que era compañera de juegos del muerto no se separó un momento del ataúd, entró el sacerdote a rezar unos responsos al joven difunto.

Al aspergear el cadáver con agua bendita cayó una gota en los labios del muerto! el niño Manuel no está muerto! gritó la negrita, el niño Manuel está vivo!, le preguntaron por qué decía eso y explicó:

—Al niño Manuel le cayó una gota de agua bendita en la boca y yo le vi mover los labios!

Volvieron los médicos y efectivamente vieron que el joven no estaba muerto.

Así, pues, la negrita salvó al joven Echeverría de haber sido enterrado vivo y se crió y vivió en la casa de éste muy mimada de toda la familia hasta que murió ya de anciana. El suyo fue el suntuoso entierro que tanto me llamó la atención.

Enfermedades

Estando en el seminario, un día amanecí con una fiebre muy alta, un fuerte dolor de cabeza, dolor en todo el cuerpo y no pude levantarme.

Llamado el médico, me examinó y diagnosticó sarampión y dijo que debía aislármese para evitar el contagio a los demás alumnos.

Acababan de comprar los padres lazaristas una casa contigua al seminario, la cual demolieron en parte para hacer un amplio patio de recreo, del cual carecía el seminario. Quedaron sin demoler algunas piezas que después arreglaron para el seminario mayor, a una de esas piezas me trasladaron y allí tuve que permanecer completamente solo hasta que el médico declaró que ya no había peligro de contagio.

Ese aislamiento duró más de 15 días y yo no veía más que al médico que iba diariamente y al sirviente que me llevaba la comida, pues ni a mis hermanos les permitían visitarme.

Estando yo de unos 10 años me dio el sarampión en Cali en una fuerte epidemia que hubo, en la cual les dio también a todos mis hermanos.

Yo había oído decir que esa enfermedad no repetía y así se lo hice saber al médico, pero este sostuvo su diagnóstico y fue el único caso que se presentó en el seminario.

Desde muy pequeño sufrí de dolores de muela y era muy valiente para resistir las extracciones, que eran entonces con dolor y a veces con mucho dolor, pues no se conocían los anestésicos.

Estando en el seminario, me empezó a doler una muela del maxilar inferior izquierdo, pedí permiso al rector para ir acompañado de alguno de los padres donde un dentista, estaba también con dolor de muela Manuel Monge, que era uno de mis más íntimos condiscípulos y el rector ordenó al padre Jenaro Marino que nos llevara donde un dentista.

El mejor dentista que había en San José era un alemán de apellido Van Patten, era un viejo de alta estatura y flaco, cuando íbamos a la dentistería, Monge me dijo:

–Eso sí, yo me hago sacar primero la muela, porque si tu gritas no hay ni peligro de que yo me la deje sacar.

–Yo nunca grito cuando me sacan muelas, le contesté, pero puedes hacerte sacar la tuya primero.

La muela que le dolía a Monge estaba floja y era de una sola pata, sin embargo, cuando se la extrajo el dentista pegó un berrido como si lo estuvieran matando.

Me tocó el turno y Monge se situó al frente de la silla. Le señalé al dentista la muela, éste la tocó con el dedo como para saber si estaba floja, me hizo recostar la cabeza y con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, me sujetó la cabeza apoyando los dedos sobre el maxilar superior. Introdujo el gatillo, agarró la muela y empezó a quererla mover y a dar tirones, Monge que estaba al frente hacía mil muecas, sobre todo cuando el dentista daba un tirón. Dieciséis tirones dio el dentista, al último sentí como si me hubieran arrancado la cabeza, sacó el dentista el gatillo y me dijo:

–Esto es lo mejor que ha podido suceder, pues la muela tenía tres patas agarrando el hueso de la quijada y al extraerla se vino un pedazo de hueso. Es usted muy valiente, pues le tuve que dar 16 tirones para extraerla. En el sitio de la muela quedó un hueco enorme, el dentista empapó un gran trozo de algodón en un líquido verde y me taponeó el hueco. Este algodón no se lo quite, me dijo y viene todos los días para cambiárselo hasta que esté sano, así lo hice.

Durante tres días me quedó en las mejillas la señal de los dedos del dentista, que tenía una fuerza brutal y el hueco de la extracción me quedó a perpetuidad.

Como el padre Marino contó en el seminario la extracción de mi muela, admirando mi valor en el primer recreo los muchachos me rodearon pues todos

querían ver la muela que el dentista me entregó y también las señas de los dedos del dentista y el hueco de la extracción.

Ignacio Guevara que siempre que se presentaba la ocasión quería hacer saber que los caucanos éramos valientes, les decía a los muchachos. Eso es para que vean lo que son los caucas.

Magnífica donación al seminario

Una acaudalada dama josefina, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo, había hecho construir afuera de la ciudad, por los lados de la estación del ferrocarril, un gran edificio moderno, todo de ladrillo y de un solo piso, el cual ocupaba más de una manzana, este edificio fue construido con el objeto de fundar en él un asilo de ancianos, pero en el año de 1880 la dueña del edificio resolvió regalarlo a los padres lazaristas para el seminario menor.³⁴

En las vacaciones de 1881 nos pasamos al nuevo local, en el mes de febrero, el rector y profesores del seminario, la servidumbre del mismo y mi hermano Jorge y yo, que en las vacaciones continuábamos internos, ya mi hermano Enrique había regresado a Colombia.

Inesperada llegada de mi padre

En San José en la oficina de correos, se anunciaban siempre los vapores que llegaban a Puerto Limón y Puntarenas, con la lista de pasajeros que traían.

Yo tenía la costumbre de ir al correo para saber si había llegado algún vapor, pues con seguridad nos llegaban cartas de Colombia. Fui al correo y había llegado el vapor Colina, pero no vinieron las deseadas cartas. Leí las listas de pasajeros y entre éstos venía uno llamado Simón Sinesteno.

Nunca me figuré que ese pasajero fuera mi padre, cuyo apellido habían equivocado. Me regresé al seminario y al llegar tuve la grata sorpresa de saber que mi padre acababa de salir en mi busca con mi hermano Jorge, pues había ido al nuevo local y no me había encontrado. Volví a la población y afortunadamente en el antiguo local del seminario encontré mi padre que había resuelto esperar allí hasta que yo llegara.

Mi padre quiso sorprendernos y por eso no nos avisó de Puntarenas su llegada. Nos dijo que venía a llevarnos a Colombia y que por casualidad se había

34 La dama era doña Eduvigis Alvarado de Mora, los esposos Mora Alvarado, que no tenían hijos, hicieron construir el edificio de que se había aquí, para los niños sin padres, yo creo que el seminario gozó simplemente de un usufructo temporal, durante el tiempo en que tuvo alquilada su casa propia a la Universidad Santo Tomás, en todo caso el edificio en cuestión es hoy el Hospicio de Huérfanos de esta ciudad.

visto con nuestro hermano Enrique en Panamá, pues él venía acompañando a la esposa y familia de tío Carlos Patiño, que se había quedado en Costa Rica como superintendente de F.C. de Puntarenas a San José en construcción y que en ese entonces llegaba a la población de Esparta.

Como mi padre tenía que permanecer en San José algunos días y estábamos en vacaciones, el padre Malezieux tuvo la fineza de invitar a mi padre a que pasara esos días en el seminario con nosotros y así lo hizo.

Cuando anunciaron el regreso del vapor Costa Rica salimos de San José con dirección a Esparta llegando a esa población tres días antes de la fecha en que debía llegar el vapor, allí residía tío Carlos, quisimos seguir a Puntarenas, pero mi tío le dijo a mi padre:

–El día que salga el vapor yo les pongo un tren expreso si hay necesidad.

Así lo hizo, pero cuando llegamos al puerto ya el vapor había levantado anclas y salía del puerto, así pues teníamos que permanecer en Puntarenas o Esparta 15 días mientras llegaba otro vapor.

Un paisano nuestro, el doctor Marichal, de Cartagena, si se embarcó para Panamá en el vapor de Costa Rica, que nos dejó a nosotros.

Se resolvió que nos volviéramos a Esparta y allí permanecimos hasta que llegó el vapor Colima, en el cual seguimos a Panamá.

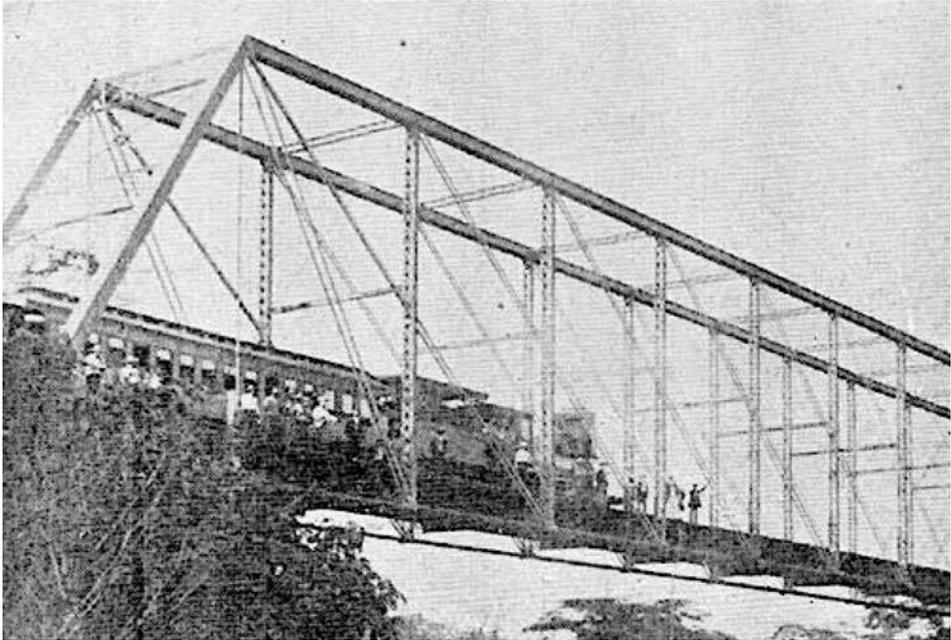
Como tío Carlos tenía que ir casi todos los días a Puntarenas, yo que me aburría mucho en Esparta siempre lo acompañaba, unas veces hasta Puntarenas y otras me quedaba en Barranca.

En este sitio había un gran viaducto de pilotes de madera, por el cual pasaban los trenes. Ese viaducto era altísimo en curva y daba miedo pasarlo. Los pasajeros se bajaban del tren y a pie pasaban por la Barranca para volverlo a tomar por donde terminaba el viaducto, que tenía por lo menos cuatro cuadras de largo.

Como cuando uno está muchacho no le tiene miedo a nada, yo quise darme cuenta de la sensación que se producía la pasada del viaducto en el tren, hice como que me bajaba, para que no se diera cuenta mi tío y me quedé en el tren.

Cuando el tren continuó su marcha y entró al viaducto, me pesó el ensayo pues en los vagones se sentía la sensación de que el viaducto trepidaba y se movía de un lado a otro, como un puente colgante. El tren iba allí sumamente despacio, así es que se me hizo eterno el trayecto y no vine a resollar si no cuando paró el tren en el otro extremo del viaducto.

Figura 12
Puente de La Barranca en el ferrocarril al Pacífico, 1913



Fuente: Biblioteca Nacional de Costa Rica “Miguel Obregón Lizano”.

Ese viaducto era una obra atrevidísima y según me informaron el proyecto era hacer un gran relleno para tapan el viaducto, pero después hicieron un nuevo trazado y quedó abandonada tan costosa obra.

Un suicidio

La víspera del día en que deberíamos embarcarnos en Puntarenas, llegamos a ese puerto y allí pernoctamos, temiendo que nos pasara otro percance y perdiéramos de nuevo la salida del vapor.

Acabábamos de comer en el Hotel Puntarenas cuando llegó la noticia de que un joven Bolandi se había suicidado en una casa cercana al muelle.

Como de ese apellido tuvimos un condiscípulo en el seminario, acompañados de un joven colombiano que estaba en el hotel, fuimos al lugar del acontecimiento.

Nos hicieron entrar. El suicida estaba acostado en una cama, revolcándose en ella y quejándose, pero no hablaba.

En ese momento llegó un sacerdote y todos los que estábamos en la pieza del suicida nos retiramos.

Nos informaron que ese joven Bolandi dio mucho que hacer a sus padres, hasta que resolvieron colocarlo en un buque mercante como marinero, con orden de no permitir que desembarcara en ningún puerto.

Ese joven fue el mismo que en el vapor Costa Rica antes de llegar a Puntarenas, al saber que íbamos a San José, me recomendó una carta para su familia, la cual entregué por conducto del señor Adolfo Calderón.

Habían transcurrido más de dos años y no había vuelto a saber de ese joven y su hermano que estaba en el seminario, nunca me habló de él.

Se había dado un balazo mortal en la cabeza y esa misma noche murió.

Llegó el vapor Colima y en él seguimos a Panamá sin haber tenido novedad ninguna en el viaje, excepto un gran susto que nos metieron a os pasajeros con un simulacro de incendio.

Al llegar a Panamá supimos que el vapor Costa Rica en que debimos venirnos, lo cogió un violento temporal y estuvo a punto de naufragar, esto nos lo contó el paisano Marichal a quien todavía no le salía el susto del escape del naufrago que tuvo y el vapor Costa Rica quedó tan averiado que lo encontramos en Panamá, en donde lo estaban reparando y se estuvo allí más de un mes.

Así pues nuestra llegada tarde a Puntarenas nos libró de un susto peor que el que tuvimos en el vapor de Colina con el simulacro de incendio.

En Panamá llegamos al mismo hotel de la señora Simona Chari, en el cual estuvimos en 1879 cuando íbamos para Costa Rica, allí esperamos que saliera algún vapor para Buenaventura.

Zarpó el 18 de marzo el vapor Casma, de la Pacific Steam Navigation Co; que era uno de los peores que tenía esa compañía y en él hicimos el viaje a Buenaventura, sin que ocurriera nada digno de contarse en la travesía.

En Buenaventura el patrón Mercado nos consiguió el boga que debía llevarnos a Córdoba y dio la casualidad que éste fue el mismo negro Coticó que ya conocíamos.

Figura 13
Una calle en la ciudad de Cali, 1889



Fuente: Édouard-François André, *Description et Histoire des Bromeliacées récoltées dans la Colombie, l'Écuador et la Venezuela*.

En Córdoba encontramos las bestias en que debíamos hacer el viaje a Cali.
El 27 de marzo de 1881 llegamos a Cali, después de dos años y 20 días de ausencia.